

CÓMO FUE que PERDÍ la FE



Carlos Saura Garre
Maestro de Escuela
carlosaura06@terra.es

Índice

Biblia hebrea

- El proyecto divino, 8
- Yahvé elige un pueblo y lo conduce a Canaán, 12
- La locura de la guerra santa, 16
- El furor de Yahvé, 19
- Oraciones para pedir castigos, 22
- La pena de muerte, 23
- Etcétera, 24
- Dios mintió a su pueblo, 28
- El fracaso de Dios, 30
- Conclusión, 32

Biblia cristiana

- El gran desconocido, 34
- ¿Fue profetizado Jesús?, 35
- La otra cara de Jesús, 43
- Los milagros, 48
- Una ética provisional, 73
- La venida de Jesús y el Cambio, 77
- Rechazados y elegidos, 94
- Conclusiones finales, 102

Abreviaturas

- Ab**, Ageo / **Am**, Amós
- Col**, Colosenses
- Cor**, Corintios
- Dan**, Daniel / **Dt**, Deuteronomio
- Ef**, Efesios / **Ex**, Éxodo
- Ez**, Ezequiel
- Flp**, Filipenses
- Gen**, Génesis
- He**, Hechos / **Heb**, Hebreos
- Is**, Isaías
- Jer**, Jeremías / **Jl**, Joel / **Jn**, Juan /
- Jos**, Josué / **Jue**, Jueces
- Lc**, Lucas / **Lev**, Levítico
- Mal**, Malaquías / **Mc**, Marcos /
- Miq**, Miqueas / **Mt**, Mateo / **Num**, Números
- Os**, Oseas
- Pe**, Pedro / **Prov**, Proverbios
- Re**, Reyes **Rom**, Romanos
- Sal**, Salmos **Sam**, Samuel /
- Sant**, Santiago **Sof**, Sofonías
- Tes**, Tesalonicenses / **Tim**, Timoteo
- Zac** Zacarías

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Alonso, Ángeles (coordinadora), *Mesianismo*, Univ. de Valladolid

André-Marie Gerard, *Diccionario de la Biblia*, Anaya

Armstrong, Karen, *Una historia de Dios*, Paidós

Asimov, Isaac, *La tierra de Canaán*, Alianza

id *Guía de la Biblia*, 2 tomos, Plaza y Janes

Biblia Comentada. Evangelios, Profesores de Salamanca, BAC

Biblia de Jerusalén

Celso, *El discurso verdadero*, Alianza

Corán, Herder

Cousin, Hugues, *Biblia griega*, Verbo Divino

Defour, León, *Vocabulario de teología bíblica*, Herder

Diccionario crítico de teología, Akal

Diccionario de las religiones, 2 tomos, Espasa

Equipo "Cahiers evangile", *Análisis estructural*, Verbo Divino

id *Milagros del evangelio*, Verbo Divino

Finkelstein, I. / Silberman, N. A., *La Biblia desenterrada*, Siglo XXI

Friedman, Richard Elliot, *¿Quién escribió la Biblia?*, Martínez Roca

García Cordero, *Problemática de la Biblia*, BAC

Graves, Robert, *Mitos hebreos*, Alianza

Grelot, Pierre, *Los targumes*, Verbo Divino

Historia Universal, Salvat: *El origen de las grandes religiones*

El auge del cristianismo

Historia de las religiones, 12 tomos, Siglo XXI.

Historia del Oriente Antiguo, varios autores, Cátedra

Jaspers, K., *Grandes maestros espirituales de Oriente y Occidente*, Tecnos

Josefo, Flavio, *Autobiografía*, Alianza

Klausner, Joseph, *Jesús de Nazaret*, Paidós

Köster, Helmut, *Introducción al Nuevo Testamento*, Sígueme

Küng, Hans, *20 tesis sobre ser cristiano*, Cristiandad

La Santa Biblia, Ediciones Paulinas

Leer, Alistair, *Constantino contra Cristo*, Martínez Roca

Legasse, Simon, *Proceso de Jesús, la historia*, Desclée de Brouwer

Ling, *Grandes religiones de Oriente y Occidente*, 2 vol, Ed. Istmo.

Mack, Burton, *Evangelio perdido*, Martínez Roca

Marina, José Antonio, *Por qué soy cristiano*, Anagrama

Mateos, Juan y Camacho, Fernando, *Evangelio de Marcos*, El Almendro

Mestz, René, *Historia de los Concilios*, Oikos-Tau

Milagros del evangelio, Cahiers evangile - Análisis estructural

Miles, Jack, *Dios, una biografía*, Planeta

Mircea Eliade, Joan Couliano, *Diccionario de las religiones*, Paidós

Mito y realidad, Labor

Lo sagrado y lo profano, Labor

Historia de las creencias y las ideas religiosas, (3 vol) Paidós

Montanelli, Indro, *La Italia del año mil*, Manantial

Montserrat Torrent, *La sinagoga cristiana*, Anaya

El desafío cristiano, Anaya

Paul, André, *Inspiración y canon de las Escrituras*, Verbo divino

Peláez, Jesús, *Milagros de Jesús en los evangelios*, San Jerónimo

Piñero, A; Peláez, Jesús, *El Nuevo Testamento*, El Almendro

Piñero, Antonio, *El otro Jesús*, El Almendro

id *Evangelio de Judas*, Vector Libros

id *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Trotta

id (y varios) *Orígenes del cristianismo*, El Almendro

id (y varios) *Fuentes del cristianismo*, El Almendro

id (colaboración) *En la frontera de lo imposible*, El Almendro

id (y varios) *La verdadera historia de la Pasión*, Edaf

id *Año 1. Israel y su mundo cuando nació Jesús*, Del Laberinto

id *Los libros sagrados de las grandes religiones*, El Almendro

Puente Ojea, Gonzalo, *Ideología e Historia*, Siglo XX

id *Evangelio de Marcos*, id

Tamayo-Acosta, Juan José, *Hacia la Comunidad (Dios y Jesús)*, Trotta

Thomson, Edward (director), *Las grandes religiones*, Luis Miracle

Vidal Manzanares, *El Talmud*, Alianza

Vielhauer, Philipp; *Historia de la literatura cristiana primitiva*, Sígueme

JUSTIFICACIÓN

Voy a decirlo ya: Perdí mi fe de cristiano-católico leyendo la Biblia.

Pero antes de contar cómo desapareció, debo explicar cómo fue que la tuve.

Tal y como sucede tan a menudo, la recibí de un miembro de mi familia cuando aún era un chiquillo. Fui un creyente piadoso durante toda mi adolescencia y mi juventud. Piadoso y entregado. Soñaba con re-convertir a tantas almas separadas de la Iglesia y prepararme concienzudamente para luchar contra los ateos. Luchar, se entiende, con las armas de la elocuencia, de la razón, de la fe. Pertenezco a las Juventudes de Acción Católica de mi Parroquia, donde comencé a instruirme más a fondo en mi religión, y a los 25 años ingresé en un Seminario Diocesano. Allí estudié filosofía, teología, derecho canónico, liturgia, etc., etc. Pero nunca estudiamos el Antiguo Testamento detenidamente, solo aparecían en los libros de texto algunos versículos aquí y allá que servían de fundamento a los dogmas, o determinados textos que se leían en los actos de culto. Acabados aquellos estudios, a punto ya de ordenarme sacerdote, dejé el Seminario. No me sentía con fuerzas para llevar una vida célibe, y me angustiaba la idea de traicionar a la Iglesia violando mi juramento de castidad.

Pasó el tiempo. Yo había vuelto a mi profesión de maestro, que dejé para dedicarme a Dios y su Iglesia, y ahora, tras cinco años retirado del mundo, tuve que zambullirme de nuevo en él. Y entonces sucedió: quise leer la Biblia, que sólo conocía a retazos.

Ahora no recuerdo por qué lo hice. Tal vez fue una obra en el escaparate de una librería. Su título me llamó la atención: "*¿Quién escribió la Biblia?*". Era un estudio literario, filológico e ideológico del Pentateuco, especialmente, y en ningún momento ponía en duda su sacralidad. Su autor, R. E. Friedman, se había doctorado en teología en la Universidad de Harvard. Deberían leerlo todos los creyentes judíos y cristianos. Aprendí mucho leyéndolo una y otra vez.

Quizás fue aquello lo que me indujo a comprar una Biblia, la de Jerusalén, y comenzar en el Génesis hasta el último versículo de Malaquías, es decir, todo el Antiguo Testamento, la Biblia hebrea. A partir de ahí, volví a leerla, pero en esta ocasión tenía preparadas una serie de fichas en las que iba anotando, por temas, todo lo que encontraba interesante por un motivo u otro. Al mismo tiempo, mi librería preferida, bien surtida por cierto, me aprovisionó de algunos títulos que fueron acumulándose en mi incipiente biblioteca religiosa (para no marear al lector, los he colocado al final de estas confesiones).

Y aquellas lecturas, aquella investigación detenida y minuciosa, tanto que pasé en ello más de diez años, encendieron en mi mente, en lógica sucesión, la extrañeza, el estupor, el desconcierto, la duda, el escepticismo y por fin la incredulidad. ¿Qué hay en la Biblia que me produjoun trauma de dimensiones tales como para perder la fe?

¿Y por qué a la mayoría de los creyentes, que han leído los mismos textos, no les chocan, ni los comentan, ni reflexionan sobre ellos, ni les inducen a abandonar sus creencias?

Encontré una explicación a esta última pregunta.

Los cristianos hemos sido creyentes antes de leer la Biblia. Cuando niños, los mayores de la familia o de la comunidad, nos leen algunos fragmentos, todos ellos capaces de levantar nuestro ánimo y nuestra ánima al Todopoderoso, pero nunca se detienen en los *textos conflictivos*. Con estos antecedentes, cuando nos acercamos a la Biblia lo hacemos convencidos de que se trata de un libro sagrado, y a un libro sagrado no se le hacen preguntas impertinentes, se acepta en bloque, como una piedra que enviara Dios desde el cielo: Se toca con temor y reverencia, se mira con ojos piadosos, se coloca en un lugar exclusivo, se espera que nos dé fortaleza para hacer la voluntad divina y consuelo ante las adversidades de esta vida nuestra. Y pasamos sobre los *versículos engorrosos* sin captar lo que encubren realmente esas palabras. Es como si la piedra caída del cielo tuviera alguna que otra chafarrinada, o una grieta, quizás un trozo des-

agradable al tacto, nada de eso importa, si es divina hay que aceptarla tal cual y no debemos inmiscuirnos en los designios y decisiones de la divinidad. Esta es la razón de que los creyentes no estén interesados en hablar de ello.

En cuanto a mí, como mi profunda religiosidad, por lo visto, no pudo neutralizar del todo aquella curiosidad que siempre tuve, ni mi natural inclinación por la lógica y el raciocinio, ni mi tendencia al examen y a la crítica, sufrí una terrible decepción porque multitud de aquellos textos herían brutalmente mi sensibilidad.

Y eso es lo que deseaba contar aquí.

Todavía una última aclaración. En la primera parte, la Biblia hebrea, lo que van a leer es una percepción del Antiguo Testamento desde el punto de vista del mismo Yahvé, tal y como aparece en esos textos, tal y como lo ven los creyentes. Es como si, provisionalmente, aceptásemos que existe, al menos como personaje central de toda esa intrigante y confusa historia. Una explicación más lógica y razonable a la incomprensible imagen divina que aparece en ella la dejaremos para el final.

LA BIBLIA HEBREA

UNO. EL PROYECTO DIVINO

1.1. Mi primera sorpresa fue encontrar el nombre de Yahvé. Otras Biblias lo sustituyen simplemente por *Dios*, o bien *el Señor*. Luego supe que en los textos originales también se le llama *Elohim*, plural del dios cananeo *EL* (*En el principio, creó Elohim los cielos y la tierra / (Jacob) erigió allí un altar y lo llamó de EL, dios de Israel*, Gen 33, 19-20). No se trata de una simple curiosidad, estos nombres conducen directamente a una conclusión: los hebreos aplicaron a Yahvé muchos de los rasgos del dios *EL*.

Por otra parte, yo ignoraba que DIOS, única y universal divinidad existente desde siempre, tuviera que luchar duramente para abrirse paso entre los otros dioses de Canaán. Una historia impresionante. En la Biblia judeo-cristiana se repite, obsesivamente, el rechazo que sentía Yahvé por ellos.

No te postrarás ante ningún otro dios, pues Yahvé se llama Celoso, es un dios celoso (Ex 20, 5 y 34, 14 / Dt 4, 24 y 6, 15)

Has ido a hacerte otros dioses, imágenes fundidas, para irritarme (1Reyes 14, 9)

Se hacen libaciones en honor de otros dioses para exasperarme. ¿A mí me exasperan esos? ¿No es a sí mismos, para vergüenza de sus rostros? (Jer 7, 18-19 / ver también 11, 17 / 16, 26 / 32, 39/ y 44, 2-3).

Los salmos colocan a Yahvé por encima de otras deidades, sin negarlas:

Entre los dioses, ninguno como tú, Señor, ni obras como las tuyas (Sal 86, 8)

Yahvé es un dios grande, un rey grande sobre todos los dioses (Sal 95, 3)

¡Que se avergüencen los que sirven a los ídolos, los que se glorían de vanidades; se postran ante él todos los dioses (Sal 97, 7)

Bien sé yo que es grande Yahvé, nuestro Señor, más que todos los dioses (Sal 135, 5)

1.2. Y Yahvé muestra su divina arrogancia:

¿Quién como yo? Que se levante y hable, que se anuncie y argumente contra mí. (Is 44, 6-7)

¡Basta ya; sabed que yo soy Dios, excelso sobre las naciones, sobre la tierra excelso! (Sal 46, 11)

Yo soy el primero y el último, fuera de mí no hay ningún dios. (Is 44, 6). Esta idea se repite en Dt 4, 35s / Sab 12, 13 / Is 45, 5

Manifestaré mi grandeza y mi santidad, me daré a conocer a los ojos de numerosas naciones, y sabrán que yo soy Yahvé. (Ez 38, 22-23).

Pero Yahvé confunde a los dioses con sus imágenes, llama "dioses" a los ídolos modelados por manos humanas, y esto le permite sentirse inmensamente superior. Esta es la razón de que prohíba a los suyos representarlo, para evitar la tentación de que sus gentes hicieran comparaciones con los otros dioses. Un dios así, que no ocupa un espacio ni tiene forma alguna, es algo más serio, misterioso, espiritual y lleno de poder que una vulgar estatua. Esta circunstancia (la confusión entre *divinidad* e *imagen*) fue decisiva para considerar a Yahvé como único. Si los otros no eran *dioses* (puesto que eran imágenes), no había más dios que Yahvé.

(No obstante, en cierto modo, el dios hebreo se parece a aquellos ídolos paganos, solo que se trata de un ser vivo. Yahvé tiene manos (tomó barro con ellas y con ellas modeló a Adán), tiene pies y piernas (los primeros padres escucharon sus pasos en el Edén, cuando paseaba a la hora de la brisa), y, como nosotros, espaldas (se las enseñó a Moisés: “... luego apartaré mi mano para que veas mis espaldas... Ex 33, 18-23), etc.)

1.3. De todos modos, está decidido a terminar con la idolatría, y para ello no duda en acudir a la pena de muerte.

Si hay alguien en medio de ti hombre o mujer, que vaya a servir a otros dioses, sacarás a ese hombre o mujer a las puertas de la ciudad y los apedrearás hasta que mueran (Dt 17, 2-5).

*Si tu hermano, tu hijo o hija, la esposa que reposa en tu seno o el amigo a quien estimas como a ti mismo, trata de seducirte en secreto diciéndote: Vamos a servir a otros dioses., no accederás ni le escucharás, no le perdonarás ni le encubrirás, sino que **deberás matarle**; tu mano caerá la primera sobre él para darle muerte, y después la mano de todo el pueblo. Le apedrearás hasta que muera, porque trató de apartarte de Yahvé. (Dt 13, 7-11)*

Y ese terrible castigo amenaza a ciudades enteras:

- *Si oyes decir que en una de las ciudades que Yahvé te ha dado, algunos hombres malvados han seducido a sus conciudadanos diciendo: “Vamos a dar culto a otros dioses”, deberás pasar a filo de espada a los habitantes de esa ciudad, amontonarás todos sus despojos en la plaza pública y prenderás fuego a la ciudad con todos sus despojos, todo ello en honor de Yahvé. Quedará para siempre convertida en un montón de ruinas y no volverá a ser edificada. (Dt 13, 13-17)*

Moisés les advierte una y otra vez:

- *Cuidad que no se pervierta vuestros corazón y os descarriéis dando culto a otros dioses, pues la ira de Yahvé se encendería sobre vosotros...* (Dt 11, 16-17, también en 4, 25-27; 8, 19-20, etc).

Pero si el lector quiere entender en profundidad la actitud de Yahvé, debe leer todo el capítulo 28 del libro llamado Deuteronomio, donde aparecen las bendiciones que enviará a su pueblo si obedece su ley (catorce versículos), y las maldiciones (cincuenta y cinco versículos) si no la respeta. Estas últimas son sencillamente escalofriantes debido a su retorcida crueldad. He aquí un resumen:

1.4. Malditos serán el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo. El Señor hará que se te contagie la peste, te castigará con tisis, fiebre, inflamación, ardores, aridez, quemadura y pulgón que te hostigarán hasta que desaparezcas. Te herirá con forúnculos de Egipto, con tumores, sarna y tiña, de los que no podrás curarte. Te castigará con locura, ceguera y delirio. El Señor te herirá con forúnculos malignos e incurables en las rodillas y en las piernas, desde la planta de los pies hasta la cabeza. Tus hijos y tus hijas serán entregados a otro pueblo; y tu vista se consumirá de tanto mirar hacia ellos, pero no podrás hacer nada. Serás oprimido y explotado constantemente, hasta volverte loco a causa de lo que verán tus ojos. Los insectos arrasarán con todos tus árboles y con todos los frutos de tu suelo. El Señor alzará contra ti a una nación lejana, un pueblo de as-

pecto feroz, que no sentirá compasión del anciano ni se apiadará del niño. Él te sitiara en todas las ciudades que estén dentro de la tierra que el Señor, tu Dios, te da. Y durante el asedio, será tal la penuria a que te reducirá tu enemigo, que te comerás hasta el fruto de tus entrañas, la carne de tus hijos y de tus hijas. El más fino y delicado entre los hombres de tu pueblo mirará con odio a su hermano, a la esposa que dormía en sus brazos y a los hijos que todavía le quedan, para no compartir con ellos la carne de sus hijos: se la comerá él solo, porque ya no le quedará más nada, en medio del asedio y la penuria a que te reducirá tu enemigo en todas tus ciudades. La más fina y delicada entre las mujeres de tu pueblo se ocultará para comer la placenta salida de su seno y a los hijos que dé a luz, porque estará privada de todo, en medio del asedio y la

penuria a que te reducirá tu enemigo. El Señor te dispersará entre todos los pueblos, de un extremo al otro de la tierra, y allí servirás a otros dioses que ni tú ni tus padres conocían. No tendrás paz en

medio de aquellas naciones y tu pie no encontrará descanso. Tu vida estará pendiente de un hilo; día y noche sentirás temor y no tendrás ninguna seguridad de sobrevivir.

A nadie debería extrañarle que estas palabras me resultaran incompatibles con la idea que tenemos de Dios en nuestro Occidente actual, una idea que proviene, sin duda, de la interpretación que el cristianismo le ha dado a la figura de Jesús.

Parece que aquella fobia contra los otros dioses se debía a que no se iba a conformar con ser el único en Canaán. El proyecto divino abarcaba la idea de convertirse un dios universal:

Y vendrán pueblos numerosos y naciones poderosas a buscar a Yahvé en Jerusalén (Zac 8,22)

Y será Yahvé rey sobre toda la tierra: ¡el día aquel será Yahvé único y único su nombre! (Zac. 14, 9)

Ante mí se doblará toda rodilla y toda lengua jurará diciendo: ¡Sólo en Yahvé hay victoria y fuerza! (Is 45, 23)

DOS. YAHVÉ ELIGE un PUEBLO y lo CONDUCE a CANAÁN

2.1. Y esa fue, su anhelo de universalidad, la razón última de que eligiera a un pueblo para sí. O mejor, a un líder y una casta sacerdotal. (No olviden esto último: la casta sacerdotal es uno de los elementos importantes de toda la historia bíblica).

Es curioso que estas escrituras nos den una confirmación de lo que sucede en la realidad: Ningún dios puede conquistar, por sí mismo, el corazón de los humanos. La Historia nos ha demostrado que somos nosotros, tras la aparición de un líder al que sigue una casta sacerdotal, quienes hacemos la labor de proselitismo. Yahvé no tuvo más remedio que recurrir a los humanos para imponerse.

Vosotros sois mis testigos y mis siervos a quienes elegí para que se me conozca y se me crea por mí mismo y se entienda que yo soy (Is 43, 10)

Te voy a poner por luz de las gentes para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra. (Is 63, 8)

(El concepto de "salvación" tiene en las Escrituras hebreas varios significados. Yahvé puede salvar a su pueblo de los enemigos, de los injustos, impíos, mentirosos, perseguidores, de la muerte, de la pobreza. Y, especialmente, los salvó de Egipto. Isaías generaliza: *Fue él su salvador en todas sus angustias* ((Is 63, 8). Pero si indagamos en profetas como el mismo Isaías, y Jeremías, Zacarías y Sofonías, el concepto aparece más claro: la salvación consiste en librar a su pueblo, y al resto de las naciones, de las otras divinidades”.

2.2. Así fue cómo se dio a conocer, por medio de Moisés, a los hebreos (que vivían en Egipto desde hacía mucho tiempo) e hizo un pacto, una Alianza, con ellos: *Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo*. Los sacó de Egipto (enviando allí terribles plagas y matando sin contemplaciones a los primogénitos de todas las familias) y los condujo, bajo el mando de Moisés, hasta la tierra de Canaán, donde debía ser adorado para siempre en el Templo de Jerusalén).

Tras la salida de Egipto, Yahvé condujo a su pueblo a través del desierto de Sinaí durante cuarenta años. Allí veló por todos ellos con extraordinarios prodigios y les dio numerosas leyes. Pero también los trató con mano dura e inflexible, sin privarse de matar a muchos de ellos llevado de su cólera.

- Nadab y Abihú, sobrinos de Moisés, murieron a manos de Dios por haberle ofrecido incienso sin que él se lo hubiese pedido: *Bajó del cielo un fuego devorador y murieron delante de Yahvé.*(Lev 10, 1-3)

- A María, hermana de Moisés, la dejó leprosa por murmurar acerca de su cuñada: *Se encendió la ira de Yahvé y he aquí que María estaba leprosa, blanca como la nieve.* (Num 12, 9-10). (Por intersección de Moisés el castigo se redujo a una semana).

- El desierto del Sinaí no era un lugar propicio para encontrar comida. Dios les enviaba el maná, la semilla de una planta que se cría en aquellos lugares. Pero los hebreos se cansaron de no comer otra cosa y se lamentaron ante Moisés para que les proporcionara carne. Yahvé accedió, pero bastante cabreado: *Yahvé os va a dar carne. No un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte, sino un mes entero, hasta que os salga por las narices y os dé náuseas* (Num 11, 18-20).

Entonces apareció una bandada de codornices y todos comieron. Pero... *todavía tenían la carne entre los dientes cuando se encendió la cólera de Yahvé contra el pueblo y le hirió con una plaga muy grande. Se llamó a aquel lugar Qibrot-hat-Taavá, porque allí sepultaron a aquella gente golosa.* (Num. 11, 33-34)

- En otra ocasión, volvió el pueblo a sublevarse contra Moisés. Yahvé les envió una plaga que mató a 14.700 personas (Num. 17, 14) Y cuando en la región de los moabitas, los hebreos adoraron a su dios Baal, Yahvé ordenó despeñar a todos los jefes y envió contra el pueblo una plaga que acabó con 24.000 personas (Num. 25, 1-9).

2.3. - Moisés recibe las tablas de la Ley en el monte Sinaí, pero al bajar, encuentra a todo el pueblo cantando y bailando alrededor de un becerro de oro, del

que decían que era la imagen de Yahvé. Moisés, lleno de rabia, llamó a los levitas, que eran sacerdotes, y exclamó:

*Así dice Yahvé: 'Cíñase cada uno su espada al costado; pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta y matad cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente'. Cumplieron los hijos de Leví la orden y **cayeron aquel día unos tres mil hombres.** (Ex 32, 27-29)*

- Estando ya los hebreos cerca de Canaán, Yahvé quiso que fuese un grupo a explorar el país. Todos eran jefes entre los israelitas. A su regreso, contaron a Moisés que era imposible derrotar a aquellos pueblos, pues eran verdaderos gigantes. La comunidad se asustó y comenzaron todos a llorar y a gritar. Sólo Josué y Caleb animaron a la gente a seguir. Sólo Josué y Caleb se salvaron de la cólera divina: los demás que estuvieron en la exploración del territorio enemigo *'murieron delante de Yahvé'* por dar informes negativos. El pueblo que se había asustado fue condenado a no entrar en la Tierra Prometida:

- Por haber murmurado contra mí, en este desierto caerán vuestros cadáveres. Os juro que no entraréis en la tierra en la que juré estableceros. En este desierto serán exterminados: en él han de morir" (Num 14, 29 y 35).

- En cierta ocasión encontraron a un hombre que buscaba leña en día de sábado. Moisés consultó a Dios qué debían hacer con él. *Yahvé dijo a Moisés: Que muera ese hombre. Que lo apedree toda la comunidad fuera del campamento.* (Num 15, 32-36 / Ex 31, 14-15)

Toda la comunidad lo apedreó hasta morir.

TRES. LA LOCURA de la GUERRA SANTA

3.1. Los hebreos llegan por fin a la tierra prometida. Cerca ya del Jordán, Yahvé había dicho a Moisés:

Cuando paséis el Jordán hacia Canaán, arrojaréis delante de vosotros a todos los habitantes del país...Os apoderaréis de la tierra y habitaréis en ella, pues os doy a vosotros todo el país en propiedad. (Núm. 33, 51s)

Guárdate de hacer pactos con los habitantes del país en que vas a entrar. No emparentarás con esas naciones. Por el contrario, demoleréis sus altares y prenderéis fuego a sus ídolos. (Éxodo 34, 11s)

Pero esa promesa de entregar a los hebreos una tierra que sería suya para siempre despreciaba el hecho de que aquel territorio estaba habitado, desde tiempo inmemorial, por numerosas tribus de otros pueblos. La Biblia los menciona con detalle: amorreos, cananeos, hititas, perezeos, jiveos, yebuseos...

Y aquí aparece la locura de una guerra provocada y dirigida por el mismo Dios. Un verdadero genocidio que, además, está al servicio del robo sistemático de sus tierras.

- Todo lugar que pise la planta de vuestros pies os lo doy (Jos 1,1-6)

y del resto de sus propiedades

- Las mujeres, los niños, los ganados y cuanto haya en la ciudad lo tomarás contigo y disfrutarás de los despojos de tus enemigos (Dt 20, 14)

*- Todo el botín de estas ciudades, incluido el ganado, lo tomaron para ellos los israelitas; pero a todas las personas las pasaron a filo de espada hasta su total exterminio, **sin dejar alma viviente** (Jos 11, 14)*

3 .2. Sin tener en cuenta los derechos adquiridos de toda aquella gente, Dios incita a los hebreos a una lucha despiadada contra ellos:

- *Has de saber que Yahvé tu dios es quien va a pasar delante de ti como un fuego devorador que los destruirá y te los someterá, para que los desalojes y los destruyas rápidamente como te ha dicho Yahvé (Dt 9, 3)*
- *Yahvé como un bravo sale, su furor despierta como el de un guerrero; grita y vocifera, contra sus enemigos se muestra valeroso. (Is 42, 13)*
- *Un guerrero es Yahvé: Yahvé es su nombre (Éx 15,3)*
- *Él expulsa delante de ti al enemigo y dice: ¡Destruye! (Dt 33, 27)*
- *¿Quién es ese rey de la gloria? Yahvé de los ejércitos, él es el rey de la gloria (Sal 24,8)*
- *Cuando Yahvé tu Dios te entregue esas naciones y las derrotas, las consagrarás al anatema. No harás alianza con ellas, no les tendrás compasión (Dt 7, 2).*

3.3. El anatema significa la renuncia a todo el botín, que pertenece a Dios: se da muerte a los animales y a los hombres, y los objetos preciosos son entregados al santuario. La matanza es un acto religioso, una ordenanza de la guerra santa, o un voto para asegurarse la victoria. Las propias palabras de la Biblia no necesitan comentarios.

- *Nos apoderamos de todas sus ciudades y las consagramos al anatema, con hombres, mujeres y niños, **sin dejar superviviente**. (Dt 2, 33).*
- *Yahvé entregó en nuestras manos también a Og, rey de Basán, con todo su pueblo. Le batimos hasta no dejar **ni un superviviente**. Luego nos apoderamos de todas sus ciudades, setenta ciudades...Las consagramos al anatema, como habíamos hecho con Sijón: anatema a toda la ciudad, **hombres mujeres y niños** (Dt 3,3-6)*

- *El mismo día, Josué tomó a Maqedá y la pasó a filo de espada, a ella y a su rey. Los consagró al anatema con todos los seres vivientes que había en ella.*

No dejó en ella ni uno solo con vida (Jos 10, 28)

- *Cuando Israel acabó de matar a todos los habitantes de Ay en el campo y en el desierto, todo Israel volvió a Ay y **pasó a su población a filo de espada**. El total de los que cayeron aquel día, hombres y mujeres, fue de doce mil. (Jos 8, 24-25).*

- *Yahvé los entregó (a todos los reinos del norte) en manos de Israel, que los batió y persiguió **hasta no quedar uno**. (Jos 11, 8)*

- *Dijo (el profeta) Samuel a Saúl: "Esto dice Yahvé de los ejércitos: Vete y castiga a Amalec, no tengas compasión de él, **mata hombre y mujeres, niños y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos**. (1Sam 15, 1-3)*

3.4. Pero la locura guerrera de Dios llega a su colmo en esta frase aterradora:

Tan cierto como que he de vivir eternamente, cuando afile el rayo de mi espada tomaré venganza de mis enemigos, y daré el pago a quienes me aborrecen. Embriagaré de sangre mis saetas, y mi espada se saciara de carne: sangre de muertos y cautivos, cabezas de los caudillos enemigos. (Dt 32, 40-42)

Ante estas palabras, comencé a preguntarme: ¿Qué dios es éste? La respuesta era muy sencilla, pero tardé en encontrarla.

CUATRO. EL FUROR de YAHVÉ

4.1. Yahvé, para hacerse un sitio entre los dioses y anularlos a todos, se convirtió en un dios colérico y sanguinario. Los textos lo dicen todo:

- *He aquí que mi ira y mi saña se vuelca sobre este lugar (por haber adorado a la diosa Istar), sobre hombres y bestias, sobre los árboles del campo y el fruto del suelo; arderá y no se apagará. (Jer 7, 20)*

- *He aquí que Yahvé en fuego viene y como torbellinos son sus carros para desfogar su cólera con ira y su amenaza con llamas de fuego. (Is 66, 15)*

- *Mirad que una tormenta de Yahvé ha estallado; sobre la cabeza de los malos descarga. No ha de apaciguarse su ira hasta que la ejecute y realice los diseños de su corazón. (Jer 23, 19-20)*

- *Voy a desencadenar en mi furor un viento de tormenta, una lluvia torrencial habrá en mi cólera, granizos caerán en mi rabia destructora (Ez 13, 13)*

- *Pisoteé a pueblos en mi ira, los pisé con furia e hice correr por tierra su zumo. (Is. 63, 6)*

(Esta sangrienta imagen recuerda un texto encontrado en Ugarit en el que la diosa Anat mata a sus enemigos: *Se hunde hasta las rodillas en la sangre de los soldados, hasta el cuello en la sangre de sus compañeros. Hasta que se sacia lucha en la casa).*

- *Yahvé de los Ejércitos pasa revista a sus tropas de combate... Todo el que fuere descubierto será traspasado, y todo prisionero caerá por la espada. Sus párvulos serán estrellados ante sus ojos, serán saqueadas sus casas y sus mujeres violadas. Machacarán a todos los muchachos, estrellarán a todas las muchachas, del fruto del vientre no se apiadarán ni de las criaturas tendrán lástima sus ojos. (Is 13, 4, 15-16, 18; se trata de pueblos enemigos)*

- *Le castigaré (a Gog) con la peste y la sangre, haré caer una lluvia torrencial, granizo, fuego y azufre sobre él, sobre sus tropas y sobre los numerosos pueblos que van con él. Manifestaré mi grandeza y mi santidad, me daré a conocer a los ojos de numerosas naciones, y sabrán que yo soy Yahvé. (Ez 38, 22-23).*
- *Él quebrantará a los reyes el día de su cólera; juzga a las naciones, amontona cadáveres, cabezas quebranta sobre la tierra inmensa (Sal 110, 5-6)*

4.2. De esa ira terrible no se libraron los mismos israelitas:

- Onán, a la muerte de su hermano se ve obligado por la Ley a darle hijos a su cuñada, pero se negó (porque esos hijos nunca serían suyos) evitando que su semen llegara a la vagina de ella. Dios mismo lo mató por desobediencia a la Ley. (Gen. 38, 6-10)
- Los filisteos robaron el arca de la alianza a los hebreos, pero acabaron devolviéndola sobre una carreta tirada por bueyes. Al llegar a territorio hebreo, algunos no se alegraron (no se sabe por qué). Yahvé castigó con la muerte a setenta israelitas. (1Sam. 6, 19)
- El Arca sigue su camino. Un tal Uzzá iba a su lado para evitar que volcara, pero, en un bache, el Arca está a punto de caer. Uzzá alargó los brazos para evitarlo, pero a Yahvé no le gustó: se encendió la ira de Yahvé y cayó muerto allí mismo. (2Sam. 6, 1-7)
- El rey David bailó de alegría delante del Arca. Pero llevaba tan poca ropa que, con los saltos, se le veía todo. Su esposa Mikail le reprochó tal conducta y por tan simple hecho Yahvé la dejó estéril para siempre. (2Sam. 6, 14-23)

- David se enamoró de Betsabé, casada con Urías. El rey lo envió al frente de batalla para que muriera. Yahvé, irritado, lo castigó... ¡haciendo que muriera el hijo que había tenido con Betsabé! (2Sam 12, 11-14)

- Algunos profetas siguieron el ejemplo de su dios. Elías degolló con sus propias manos a 450 profetas de Baal. En otra ocasión, el rey Ocozías intentó consultar a Baal, pero Elías se lo impidió. El rey, arrepentido, le envió cincuenta soldados para que fuera a verle. Elías los quemó con fuego que hizo bajar del cielo. Igual hizo con otros cincuenta que le envió el rey. (2Re 1)

- Un grupo de niños se reía del profeta Eliseo. El hombre no estaba para bromas y, con el poder de Dios que tenía, hizo que dos osos salieran del bosque, los cuales destrozaron a cuarenta y dos de aquellos niños. (2Reyes 2, 23-24)

4.3. La incontrolada ira de Yahvé llega al colmo en la increíble historia del "hombre de Dios" y el profeta, que se narra en el libro primero de los Reyes. Jeroboán, rey de Israel, en el norte, había ordenado construir santuarios a Yahvé en la ciudad de Betel, pero con imágenes de becerros o toros jóvenes de oro. Yahvé le envió a un "hombre de Dios" que le reprochó su conducta y una vez cumplida su misión, se volvió por otro camino, porque Yahvé le había dado una extraña orden: *"No comerás pan ni beberás agua ni volverás por el camino por el que has ido"*. Andaba, pues, el hombre de Dios, de vuelta a su casa, cuando un anciano profeta que vivía en Betel, enterado de la visita que ése había hecho al rey, le salió al encuentro y le invitó a su casa a descansar y comer algo. El hombre de Dios se negó rotundamente, alegando las órdenes divinas que había recibido. El anciano profeta le cuenta entonces al hombre una solemne mentira: *"Yo también soy profeta y un ángel me ha ordenado, de parte de Yahvé, que vengas a mi casa para que comas y bebas agua"*. Cabe la posibilidad de que se tratase de una prueba, pero aun así no se concibe que se lleve a

cabo por medio de un embuste El caso es que el hombre de Dios cayó en la trampa, se fue con el profeta, comió y bebió. El anciano profeta esperó pacientemente a que el otro terminara, y entonces, obedeciendo la voz de Yahvé, le espetó: *"Por no haber obedecido a Yahvé, tu cadáver no entrará en la tumba de tus padres"*. Se levantó, le preparó un asno al hombre de Dios y lo despidió a la puerta de su casa. Pero en el camino se encontró con un león, que le mató. (1Re 13, 1-30).

CINCO. ORACIONES para PEDIR CASTIGOS

5.1. Los salmos, esos hermosos poemas que han consolado a miles de personas, pueden ustedes utilizarlos para pedir a Dios que castigue a determinadas individuos considerados indeseables.

- *Quiebra el brazo del impío, del malvado; indaga su impiedad sin dejar rastro.* (Sal 10, 15)

- *Lluevan sobre los impíos brasas y azufre, y un viento abrasador por porción de su copa.* (Sal 11, 6)

- *¡Confusión sólo para los impíos, que bajen en silencio a la tumba!* (Sal 31, 18)

- *Que el mal caiga sobre los que me acechan, Yahvé; por tu verdad, destrúyelos.* (Sal 54, 7)

- *¡Oh, Dios, mátalos, no se olvide mi pueblo! sacúdelos con tu poder, derribalos, oh Señor, escudo nuestro! ¡Suprime con furor, suprímelos, no existan más!* (Sal 59, 12-14)

- *Los que tratan de perder mi alma caigan en las honduras de la tierra/ Sean pasados al filo de la espada, sirvan de presa a los chacales.* (Sal 63, 10-11)

- *¡Derrama tu enojo sobre ellos; que los alcance el furor de tu cólera!* (Sal 69, 25-26)

- *Cubre su rostro de ignominia para que busquen, oh Yahvé, tu Nombre. Sean avergonzados y aterrados para siempre, queden confusos y perezcan, para que sepan que sólo tú tienes el nombre de Yahvé!* (Sal 83, 14-19)
- *Hija de Babel, devastadora, feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste, feliz quien agarre y estrelle contra la roca a tus pequeñuelos.* (Sal 137, 8-9)
- *Llueva sobre ellos carbones encendidos, en el abismo hundidos no se levanten más; el deslenguado no más en la tierra perdure, el mal persiga a muerte al hombre violento.* (Sal 140, 11-12)

La relación podría hacerse interminable.

Me resultaba imposible imaginar que los autores de los salmos encerraran tanto odio en su corazón. ¿Y el amor a los enemigos? Eso es cosa de Jesús, hijo de Yahvé, que vino a enmendarle la plana a su padre. Por lo visto.

SEIS. LA PENA de MUERTE

6.1. Después de tanto luchar para erradicar la pena de muerte, y lo que aún nos resta, nos enteramos de que es Dios mismo quien la impone para diversas formas de trasgresión, trasgresiones a veces tan absurdas que resultan inconcebibles. Si hoy obedeciésemos a la Biblia, ejecutaríamos a miles de personas diariamente.

- *Quien blasfema el nombre de Yahvé será muerto. Toda la comunidad le lapidará.* (Lev. 24, 14)
- *El que hiera mortalmente a otro hombre, morirá.* (Ex.21, 12)
- *Quien pegue a su padre o su madre, los trate sin respeto o los maldiga, será muerto sin remedio.* (Ex. 21, 13 y 17)
- *A la hechicera no dejarás con vida.* (Ex. 22, 17)

-Todo el que peque con bestia, sea hombre o mujer, morirá. Mataréis también a la bestia. (Lev. 20, 15)

- Si un hombre comete adulterio, serán muertos tanto él como ella. (Lev, 20, 10)

- Si un hombre se acuesta con su nuera, ambos morirán. (Lv. 20,12)

- Si alguien se acuesta con varón como se hace con mujer, morirán los dos sin remedio. (Lev. 20, 13)

- Si alguien toma por esposa a su hermana, serán exterminados. (Lv. 20, 17)

- El que se acueste con mujer cuando tiene la regla, ambos serán exterminados. (Lv. 20, 18)

- Si un hombre tiene un hijo rebelde y díscolo, que no escucha la voz de sus padres, aun siendo castigado, sus conciudadanos le apedrearán hasta que muera. (Dt 21, 18-21)

- Si la hija de un sacerdote se deshonra prostituyéndose...será quemada en el fuego (Lv 21, 9)

En Dt 17, 2-5 / 13, 7-16, vimos los castigos que merecen quienes hacen ofensas a los dioses, no sólo los individuos sino incluso ciudades enteras.

La verdad es que, en cuanto a castigos o amenazas de castigos terribles, la Biblia hebrea está repleta de ellos. Incluirlos todos supondría reproducir una parte muy considerable de todos sus textos.

SIETE. ETCÉTERA

7.1. Sería demasiado farragoso aludir a otros temas controvertidos, pero no quiero dejar de hacer referencia a algunos de ellos. Por ejemplo:

Descubrí que Yahvé creó el cielo y la tierra siguiendo un esquema de origen pagano: antes de hacerlo tuvo que vencer a los monstruos del caos (Gen 1, 2: La tierra era algo caótico y vacío: *tohu y bohu* en el texto hebreo; *tohu*, con idéntica raíz, en hebreo, que Tehemot, que se corresponde con Tiamat, el monstruo primordial babilónico; *bohu*, relacionado con Behemot del libro de Job). Y que la creación "de la nada" sólo aparece en 2Mac 7, 28, donde se añade que *del mismo modo*, de la nada, ha llegado el género humano a la existencia, así que a los dogmáticos no les sirve ese texto.

Descubrí que condena la magia y, sin embargo, ordena que lo hagan algunos sacerdotes (Num 5, 11-31, el complicado ritual para casos de celos, que acaba haciendo beber a una mujer agua "amarga" para comprobar si se hincha su vientre y pierde la fecundidad, o no; se trata de una verdadera ordalía en la que se espera que Dios intervenga para solucionar el problema, como en Ex 32, 20 con el becerro de oro reducido a polvo y disuelto en agua que habían de ver todos para saber quién había pecado de idolatría; en 19, 1-10 se aclara que agua amarga es agua "lustral", que se usa para limpiar de su impureza a quien haya tocado un cadáver; se obtiene echando en agua las cenizas de una vaca de color rojo que previamente ha sido degollada y quemada en un rito especial / 2Re 13, 14-19, que cuenta la relación que existe entre que el rey Joás golpee una flecha contra el suelo y las veces que derrotará a su enemigo Aram: a tantos golpes, tantas victorias; etc.).

Que la idea de un cielo y un infierno no aparece en la Biblia hasta el Eclesiastés, unos 300 años aC, y Daniel, un siglo y medio más tarde, cuando los israelitas ya han vuelto de su deportación a Babilonia, en donde la habían copiado de los persas. Hasta entonces, habían estado convencidos de que premios y castigos se alcanzaban aquí, y de que sólo existía el *seol*, donde iba todos, buenos y malos). Este cambio lo explican los teólogos recurriendo a una idea que ya apa-

rece en el Nuevo Testamento: Dios revela poco a poco, como un maestro a unos niños. Es ingeniosa, pero solo es una excusa.

Que suele hablar solo, para sus adentros, "*en su corazón*", (Gen 3, 22-23 / 5, 7 / 11, 5-8 / 18, 17-21) En este último texto, dice: *El clamor de Sodoma y Gomorra es grande, así que voy a bajar personalmente a ver si lo que han dicho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí y, si no, debo saberlo*, un pensamiento propio de una divinidad que ignora lo que pasa entre los hombres. Estos pensamientos plantean la pregunta obvia: ¿cómo supo el autor de esos textos lo que la divinidad pensó en determinados momentos? La respuesta solo podría ser: Yahvé mismo lo reveló al autor humano. Pero ni los teólogos se atreven a afirmar que lo revelado en las Escrituras se realizase de un modo tan directo, es decir, como un dictado; solo se habla de inspiración, así que el problema sigue en pie.

7.2. Que las mujeres quedan impuras a causa de la menstruación (Lev 15, 19) y por el hecho de parir; más impuras si parían una niña que si daban a luz un niño (Lev 12, 1-5); y el semen de los varones también los dejaba impuros a ellos (Lev 15, 2: aquí se habla de la blenorragia, pero según la Biblia de Jerusalén también el simple derrame seminal, porque "todo lo que se refiere a la fecundidad y la reproducción es sagrado"(?), y estas impurezas se transmiten a las personas u objetos con los que entran en contacto (Lev 15 entero) Debido a este concepto de la sexualidad, siempre enredado con la impureza, los hebreos desarrollaron la idea de la *maldad congénita* del ser humano. Ver Job 14, 1-4 / 15, 14 y 25, 4. En estos versículos se hace siempre la misma pregunta: *¿Cómo puede ser puro lo nacido de mujer?* El salmo 51, 7 remacha la idea: *Pecador me concibió mi madre*. No, no se trata del "pecado original", la respuesta está en Lev 12, 1-4: *Cuando una mujer conciba y tenga un hijo varón, quedará **impura durante siete días**, como en el tiempo de su regla. Cuando se circuncide al niño, ella seguirá*

impura durante treinta y tres días. Todo lo que se refiere a la concepción, incluida la regla, es impuro, y así se explica tanto lo que dice Job como el salmo 51.

Que a Yahvé le agradaba, y le calmaba, la sangre derramada, y la carne quemada en los altares, de centenares de animales. (Lev desde el capítulo 1 hasta el 7 y el 23; en Num 28, 2 se le llama "mi alimento"). Si sumamos las reses sacrificadas diariamente, las ofrecidas en las fiestas y las de las diferentes clases de sacrificios, suman más de mil al año. (Ver Num 28: 9, 11, 19,27 / y 29: 2, 8,12-38). Respecto a los sacerdotes que ofrecen esos sacrificios, Yahvé es muy puntilloso: los cojos, ciegos, jorobados o con un pie o una mano rota no pueden serlo (Lev 21, 17ss). En todo esto no hay ninguna diferencia con las costumbres de otros muchos pueblos.

7.3. Sería demasiado largo referirse aquí al lugar, o los lugares, en donde Yahvé tiene su morada (la mayoría de ellos, la cima de las montañas, donde también "vivían" otros dioses). Ni a los diferentes nombres con que aparece, aunque acabara imponiéndose el de Yahvé, que los estudiosos y especialistas no han conseguido desentrañar. En realidad, puede significar: *Yo soy el que soy*, o bien *el que seré*, o *el que es*, quizás *el que hace ser*, incluso los teólogos quisieron aprovecharse de esta ambigüedad para declarar que se trata de una afirmación "metafísica": Soy el único en el que esencia y existencia son la misma cosa. El teólogo Emil Brunner, protestante, se rebeló contra esta interpretación, según se puede leer en el escrito de Ratzinger *El dios de los cristianos y el dios de la fe*.

Ni es posible hablar de los monstruos (como Leviatán; véase salmo 104, 26 / Job 3, 8 / Sal 74, 13-14, o la Serpiente huidiza, o el Dragón que hay en el mar según Is 27, 1; o bien el Rahab de Is 51, 9-10, el Sal 89, 10-11, o Job 9, 13 y 26, 12-13).

Tampoco de los gigantes de Num 13, 33: *También hemos visto gigantes. Nosotros nos teníamos ante ellos como saltamontes, y eso mismo les parecíamos a ellos. Son los “nefilim” de Gen 6, 4, engendrados por unos “Hijos de Dios” (bene Elohim) ¡que tuvieron relaciones sexuales con “las hijas de los hombres”!*.

Ni podemos hacer sitio a los genios y los sátiros (Lev 17, 7 / Is 13, 21 y 34, 14), ni a las diferentes y extrañas formas con las que el dios se comunica (*dijo Yahvé, por ejemplo, sin especificar ningún dato sobre las circunstancias en que habla; o en forma de hombre, o de ángel, incluso de fuego que devora el animal sacrificado, o de nube que sirve de guía al pueblo o llena el templo*)...

OCHO. DIOS MINTIÓ a su PUEBLO

8.1. Yahvé prometió al Rey David que de él habría de nacer una dinastía de reyes que reinaría para siempre. Fue realmente larga, cuatrocientos años. Pero al cabo de ese tiempo desapareció cuando los asirios destruyeron Jerusalén y deportaron a su último monarca.

El pueblo hebreo fue invadido, derrotado y sojuzgado muchas veces en su historia. Yahvé Dios, por medio de sus profetas, les prometió en numerosas ocasiones proporcionarles una era de felicidad extraordinaria, en la que ellos, los hebreos, serían los señores de todas las naciones conocidas, las cuales vendrán a Jerusalén a rendirle pleitesía a Yahvé. En Is y Zac hay frases como éstas:

Caminarán las naciones a tu luz (se refiere a Jerusalén), y los reyes al resplandor de tu alborada. Vendrán a ti los tesoros del mar y las riquezas de las naciones. Subirán en holocausto agradable a mi altar, y mi hermosa casa hermoseará aún más. Hijos de extranjeros construirán tus muros, y sus reyes se pondrán a tu servicio. Abiertas estarán tus puertas de continuo para dejar en-

trar las riquezas de las naciones traídas por sus reyes. Pues las naciones que no se sometan a ti, perecerán. Acudirán a ti encorvados los hijos de los que te humillaban, se postrarán a tus pies los que te menospreciaban. (Is 60, 3ss)

Te nutrirás con las riquezas de las naciones, con las riquezas de los reyes serás amamantada, y sabrás que yo soy Yahvé, tu salvador. Yo, Yahvé, he hablado, a su tiempo me apresuraré a cumplirlo. (Is 60, 16)

Y vendrán pueblos numerosos y naciones poderosas a buscar a Yahvé de los Ejércitos en Jerusalén (Zac 8, 22)

No se trata sólo del triunfo de los hebreos sobre las otras naciones, sino de que en ese futuro se realizará el deseo de Yahvé de ser el Dios de todos los pueblos.

8.2. Tampoco se cumplieron otras promesas maravillosas:

Sucedirá aquel Día que los montes destilarán vino nuevo, y las colinas fluirán leche; por todas las torrenteras de Judá fluirán las aguas y una fuente manará de la Casa de Yahvé que regará el valle de las Acacias. Judá será habitada para siempre, y Jerusalén de edad en edad. (Joel 4, 18)

Habitarán en seguridad y no se les turbará más. Haré brotar para ellos un plantío famoso; no habrá más víctimas del hambre en el país, ni sufrirán más el ultraje de las naciones (Ez 34, 28-29).

Entonces haré volver a los deportados de mi pueblo Israel; reconstruirán las ciudades devastadas y habitarán en ellas... Yo los plantaré en el suelo y no serán arrancados nunca más del suelo que yo les di, dice Yahvé tu dios (Amós 9, 14))

He aquí que vienen días en que yo pactaré con la casa de Israel y de Judá una nueva alianza: después de aquellos días pondré mi Ley en su interior, y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, pues todos

ellos me conocerán, del más chico al más grande, cuando perdone su culpa y de su pecado me olvide (Jer 31, 31-34).

Tales promesas se hacen interminables en los profetas. Eran sólo palabras de consuelo para un pueblo machacado y humillado por otros pueblos.

NUEVE. EL FRACASO de DIOS

9.1. Los planes de Dios resultaron un rotundo fracaso.

- Sus seguidores le desobedecieron continuamente (*Habéis sido rebeldes a Yahvé desde el día en que os conoció, Dt 9, 7; 32, 5-6; Ez 23, etc;* es decir, no cumplieron el pacto que hicieron con el dios;

- la guerra santa no fue un paseo triunfal, como lo demuestra todo el libro de Jueces;

- los castigos no sirvieron para nada (*Pero el pueblo no se volvió a quien le castigaba, no buscaron a Yahvé, Is 9, 12/ Jr 2, 30; 5, 3/ Amós 4, 6/ Sof 3, 1/ Ageo 2, 17);*

- los rituales acabaron exasperándole (*Ni vuestros holocaustos me son gratos, ni vuestros sacrificios me complacen (Jr 6, 20; y Is 1, 11-17; 58, 3,1 / Miq 6, 6-8, etc)*

- sus promesas de felicidad futura no se cumplieron, como hemos visto anteriormente, ni parece que vayan a cumplirse (aunque los Testigos de Jehová esperan, desesperadamente, que se cumplan pronto);

- y la Alianza que con tan extraordinarios prodigios selló con Moisés en el Sinaí, tuvo que ser sustituida por otra nueva (*Días vienen en que yo pactaré con Israel y Judá una nueva alianza, no como la que pacté con sus padres...(Jr 31, 31-34 / la carta a los Hebreos 8, 8ss recuerda esta cita y añade: Al decir nueva declara anticuada la primera y lo anticuado y viejo está a punto de cesar, y así*

se refiere a la que hizo Dios con el nuevo pueblo, el cristiano.

- El deseo de Yahvé de convertirse en una divinidad única universal, con la ayuda de su pueblo, tampoco llegó a realizarse. Fueron los cristianos los que tomaron el relevo y se encargaron de que desaparecieran las divinidades paganas (con la imprescindible ayuda de los emperadores romanos convertidos y de la extensión del Islam)). Con el paso del tiempo, llegó a ser el único, pero no en Oriente, donde había nacido, sino en el Occidente cristiano. Mientras, el resto del mundo seguía y sigue lleno de miles de dioses.

De todas formas, Yahvé, para reinar sobre sus nuevos seguidores, tuvo que someterse a profundos cambios (1): perdió su preciado Nombre, del que se sentía tan orgulloso (ahora algunos le llaman Jehová), dejó de hablar a los humanos y de inmiscuirse en sus asuntos, renunció a los sacrificios de animales y a los castigos y guerras santas (que dejó al arbitrio de sus adictos). Prácticamente desapareció convertido en una divinidad que se ocupaba de las flores y los pajarillos, Y para colmo, hubo de aceptar la desconcertante paradoja de seguir siendo el Dios de los israelitas y, al mismo tiempo, el de los cristianos.

(1) Todo el mundo sabe que el dios hebreo se parece bien poco al dios al que Jesús llamaba Padre. Ahora, los creyentes deberán resolver el problema que supone el hecho de que un dios cambie, puesto que todos sabemos que, por definición, eso es imposible. Más lógico resulta pensar que somos nosotros, los humanos, cuando escribimos esos libros, los que hemos transmutado a la divinidad.

CONCLUSIÓN

¿Qué dios es éste?, me volví a preguntar.

Hemos estado viendo, y no en toda su amplitud, la imagen de Yahvé que tienen los creyentes judíos y cristianos. Una imagen que me hirió profundamente y me llevó a la increencia. Pero me quedaba algo por hacer, responder a esta pregunta: Si Dios no puede ser así, ¿cómo es que está en la Biblia, quién lo ha puesto ahí? Y así llegamos a aquella interpretación, lógica y racional, que les prometí al principio:

Nada de lo que hemos transcrito es verdad.

El pueblo hebreo nunca fue "elegido" por ningún dios.

La salida de Egipto, si fue cierta, no tuvo lugar rodeada de toda la parafernalia divina con que se cuenta.

No hubo ninguna Alianza, ni Decálogo, ni leyes comunitarias o culturales *procedentes de Yahvé*. Las escribieron los sacerdotes.

Yahvé no indujo a su pueblo a invadir Canaán, ni promovió una guerra "santa". Tampoco fue quien instauró la pena de muerte, ni aquello del ojo por ojo, ni castigó a nadie, ni era colérico, ni puntilloso, ni soberbio, ni trazó jamás un plan para convertirse en un dios único y universal rechazando como un maniático obsesivo a los otros dioses. Nunca exigió que se le ofreciera la sangre de cientos de animales ni se calmaba con el aroma de la carne quemada. No tuvo nada que ver con reyes, sacerdotes o profetas. Etcétera, etcétera, etcétera.

Fueron los autores hebreos de esos libros quienes lo colocaron allí: Las escuelas sacerdotales, los profetas y sus discípulos, algunos poetas, historiadores y políticos, incluso noveladores desconocidos. Y todo ello a través de unos cuatrocientos años a partir del siglo VII.

Fueron ellos los coléricos, sanguinarios, soberbios y megalómanos, los que odiaban a los otros dioses y se empeñaban en que el suyo fuese el único, los que se contradicen en tantas ocasiones, los que dictaron las normas de culto poniéndolas en boca del dios para justificarlas, quienes idearon el Decálogo y lo rodearon de temblores, fumarolas y fuegos volcánicos para asustar a la gente. Los que idearon aquellas perversas maldiciones. Del mismo modo, y por la misma razón con que introdujeron a ángeles y demonios en la vida del pueblo. Fueron ellos los que revistieron la salida de Egipto de plagas y milagros, los que escribieron salmos para pedir castigos, quienes prometieron y volvieron a prometer, siglo tras siglo, un tiempo de felicidad para aquel desgraciado pueblo machacado una y otra vez por sus vecinos

Pero si ese dios terrible fue creado por los israelitas, también fueron ellos los que concibieron al dios misericordioso, no cabe una tercera alternativa, esto sí, aquello no. Por lo tanto, la Biblia sería la obra de un grupo de escritores humanos que contaron la historia de su pueblo fantaseando con la intervención de una deidad tribal como el personaje primero y destacado, protector, legislador, político y guerrero.

Creo que los datos reflejados hasta aquí son suficientes para llegar a semejante conclusión. La pérdida de mi fe cristiana estaba consumada.

Cuando seguí analizando minuciosamente el Nuevo Testamento, mi incredulidad no hizo más que confirmarse.

LA BIBLIA CRISTIANA

La lectura del Nuevo Testamento fue más difícil que la del Antiguo. Ahora se trataba de investigar a Jesús, que durante casi cuarenta años había sido el "compañero" a quien le confiaba todas mis tribulaciones a diario. Ahora lo llamaría *imaginario*, pero entonces creía en su existencia y presencia objetiva, real, hasta el punto de que tuve la sensación, más de una vez, de estar traicionándole mientras indagaba en los textos quién fue realmente. Pero tenía que hacerlo.

DIEZ. EL GRAN DESCONOCIDO

10.1. Fue traumático descubrir que todo lo que sabía de mi "amigo" Jesús estaba exclusivamente en los Evangelios, que la Historia de la humanidad romana, bajo cuyo dominio había vivido, sólo conservaba una referencia a su persona, breve, despectiva y sin sustancia.

Lo demás sólo eran alusiones a sus seguidores en Roma o en Oriente. El héroe del movimiento religioso más importante de Occidente había sido un perfecto desconocido en el Imperio. Un autor judío de aquellos tiempos oyó hablar de él y lo dejó escrito, pero los expertos aseguran que ese párrafo contiene interpolaciones posteriores de los mismos cristianos, así que no podemos fiarnos. Sin embargo, el historiador romano Tácito, nacido unos treinta años después de la muerte de Jesús, escribió que éste "había sufrido la pena de muerte bajo el reinado de Tiberio, tras haber sido condenado por el procura-

dor de Judea, Poncio Pilato”, lo que reforzaba la idea de que Jesús fue un personaje histórico. ¡Menos mal!

De pronto, me encontré con dos figuras diferentes: el Cristo de la Historia y el Cristo de la fe. Y como el primero había desaparecido definitivamente en esas oscuridades del pasado nunca contadas, me quedaba claro que había sido el segundo el que había vivido en mi cabeza y en mi corazón durante tanto tiempo. Era el Jesús del Nuevo Testamento, que hacía prodigiosos milagros, resucitaba después de clavado en la cruz, subía al cielo y se transformaba en parte de la divinidad. El Jesús de los cristianos durante más de dos mil años, por quien sus seguidores, a lo largo de la Historia, habían llevado su mensaje de amor y de paz a todos los continentes, y por quien habían asesinado a herejes, disidentes, brujas y musulmanes.

ONCE. ¿FUE JESÚS REALMENTE PROFETIZADO?

11.1. Toda la Biblia cristiana proclama que profetas y salmistas habían predicho las diferentes circunstancias que se dieron en la vida de Jesús, desde su nacimiento prodigioso hasta su resurrección del sepulcro y su unión con la divinidad. ¿Podía ser cierto?, me preguntaba, porque en tal caso tendría que rendirme a la evidencia: el Jesús de la fe era real, no una transmutación operada por sus seguidores. Y sólo había una forma de saberlo: indagar en la Biblia hebrea los pasajes citados por los autores del Nuevo Testamento.

Fue una labor complicada. Tenía que examinar todo los textos (evangelios, Hechos, cartas y Apocalipsis) y recurrir a la Biblia en hebreo y a la Septuaginta en griego. En sendas traducciones al castellano, por supuesto. Ambas son anteriores al nacimiento de Cristo; la primera, la más antigua; la segunda, una traducción del hebreo al griego, unos 200 años antes de Cristo, cuyos autores son

desconocidos. Entre ambas versiones hay diferencias muy interesantes que tuve que ir anotando cuidadosamente.

Los escribas cristianos, es decir, los autores del Nuevo Testamento, bucearon en las Escrituras que consideraban sagradas buscando frases que le vinieran bien a Jesús, no sólo al Jesús humano, sino también al divino, acumulando citas para que todo resultara conveniente. Los escribas judíos tenían la costumbre de citar esas Escrituras tan antiguas para explicar o justificar una circunstancia propia del tiempo en que ellos vivían. Los autores cristianos hicieron otro tanto. Nosotros no entendemos que una palabra o una frase se puedan separar de su contexto (donde adquiere todo su verdadero sentido) para darle un sentido diferente, pero aquellos escritores lo tenían por rutina.

Lo único que había que hacer era leer el contexto de cada profecía, donde estaba claro a qué hacía referencia cada una de ellas. De este modo se me fue revelando todo.

Si comenzamos por los oráculos de los profetas, descubrí que todos ellos se referían a circunstancias propias de la historia del pueblo hebreo. Vamos a comprobarlo:

Nacimiento virginal. Mateo 1,23 intenta demostrarlo, pero el contexto del profeta Isaías 7,14 explica la verdad de la profecía: Judá, cuyo rey es Ajaz, es atacado por Israel y Siria, Yahvé le da una señal de que esos enemigos se marcharán cuando nazca un niño de una doncella que, por cierto, ya ha concebido, por lo que es imposible que se refiera a María. Y si era una prueba, esa señal de nada le iba a servir a Ajaz si tal cosa no ocurría hasta setecientos años más tarde.

Item más: Isaías no habla de una virgen (*betulah*), sino de una doncella (*almah*), que la Septuaginta tradujo por virgen.

11.2. Nacimiento en Belén. Muy poco después, Mateo 2,6 afirma: *...porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que será pastor de mi pueblo Israel.*

Se trata de Miqueas 4,14-5,5. El contexto cuenta que el rey asirio Senaquerib está a punto de atacar a Ezequías de Israel, y entonces se predice que un caudillo saldrá de Belén para librarlo. El versículo 5,5 lo aclara todo: *Nos librará de Asur si invade nuestra tierra y huella nuestro término.* Pero no hacía falta aclararlo, porque la frase “porque de ti saldrá un caudillo que será pastor de mi pueblo Israel” es suficiente: Jesús nunca fue ese caudillo.

Huida a Egipto. Seguimos con el evangelio de la infancia, Mateo 2,15: *Y allí estuvieron hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi hijo.*

Estas palabras son de Oseas 11,1: *Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo.* Bastan para reconocer que “mi hijo” es el pueblo hebreo, pero está más claro en la traducción de los Setenta: “Porque Israel era niño, yo también lo amé, y de Egipto llamé a sus hijos”.

Residencia en Nazaret. Mateo era incansable acudiendo a las Escrituras. Ahora estamos en 2,23. Muerto Herodes, José toma a los suyos y vuelve a Israel, pero asustado porque allí reinaba Arquelao, hijo de Herodes, sigue hasta el norte y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, *“para que se cumpliera el oráculo de los profetas: Será llamado Nazareno.*

Pero no existe en las Escrituras hebreas ningún oráculo que se exprese de ese modo. Tal vez por esa razón lo atribuye a “los profetas” en general.

11.3. El Bautista. No se trata, en esta ocasión, de una profecía directamente referida a Cristo, pero es interesante puesto que al Bautista se le otorga el pa-

pel de pregonero de Jesús. Los cuatro evangelistas (Marcos 1,2-3 / Mateo 3,3 / Lucas 3,4-6 y Juan 1,2-3), hablan de él cuando predicaba en el desierto. Todos citan a Isaías en el llamado Libro de la Consolación:

Una voz grita: En el desierto, abrid camino a Yahvé.

Pero los evangelistas cambian la puntuación, porque han leído la traducción griega de los Setenta. Observen:

Voz que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor.”

Es decir, según el profeta, la voz no está en el desierto. Además, el camino que se ha de abrir no es para Jesús, sino para Yahvé.

Pero hay algo más. Marcos 1,2-3 escribe: *Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino*, una frase que pertenece a Malaquías, pero que habla del profeta Elías, el que iba a ser el precursor de Yahvé, como se ve en 3,23. Pero tuvo que rectificar la cita, porque en Malaquías se dice *delante de mí*.

Además, el Bautista no preparó el camino a Jesús, como consta en los propios evangelios.

11.4. Vuelta a Galilea. Volvemos con Mateo (4,15-16): *Y dejando Nazaret, fue a residir en Cafarnaúm, junto al mar, en el término de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: ¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo postrado en tinieblas ha visto una intensa luz; a los postrados en parajes de sombras de muerte una luz les ha amanecido.*

Mateo buscó este texto en Isaías 8,23b-9,1, en el que el profeta anuncia el Día de Yahvé que traerá la liberación a los deportados en tiempos de Teglatfalar III setecientos años antes. Por otra parte, aquella “luz” enviada a los que estaban en tinieblas y que en la profecía se expresa como una apoteosis, una conmoción o un gozo, fue en realidad un fracaso: Cafarnaúm fue de las primeras que rechazaron a Jesús.

En la sinagoga de Nazaret. En este caso es Lucas (4,18) quien recurre a Isaías 61,1-2: *El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido Yahvé. Me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad, a pregonar año de gracia de Yahvé, día de venganza de nuestro Dios.*

Pero sucede que Jesús, leyendo a Isaías, se detuvo cuando la lectura resultó ser problemática: No leyó la última frase, en negrita; no se acomodaba a su supuesta misión pacífica. La verdad es que estas son palabras que el profeta dice refiriéndose a la misión que Yahvé le ha encomendado. La Biblia de Jerusalén titula así esta sección: Misión del profeta. No se refería a Jesús, o simplemente Jesús se la atribuye porque pensaba hacer lo mismo que Isaías.

Entrada en Jerusalén. Mateo (21,4-5) asegura que esa escena estaba profetizada por Zacarías 9,9: *Exulta, hija de Sión. He aquí que viene a ti tu rey, justo él y victorioso, humilde y montado en un asno...* Pero se trata de un rey que dominará de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra, y que suprimirá los carros de Ephraim y los caballos de Jerusalén, etc. Y Mateo suprime el verso “justo él y victorioso”, que no venía a cuento, claro.

La muerte de Judas. Mateo 27,9-10: *Los sumos sacerdotes compraron con ellas (las treinta monedas) el Campo del Alfarero como lugar de sepultura para los forasteros. Por esta razón ese campo se llama “Campo de Sangre”, hasta hoy. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: y tomaron las treinta monedas de plata, cantidad en que fue tasado aquel a quien pusieron precio algunos hijos de Israel, y las dieron por el campo del Alfarero, según me ordenó el Señor.*

Pero no se trata de Jeremías, sino de Zacarías, aunque este último tampoco dice eso exactamente. En realidad, esta profecía la ideó el mismo Mateo to-

mando a Zacarías 11,12-13 (donde sólo se habla de treinta monedas), de Jeremías 32,6-15 (el campo de Anatot) y 18,1-12 (donde se habla de un alfarero). Fue una magnífica jugada. Los lectores poco versados en las Escrituras aceptarían encantados esta extraña cita.

11.5. Otras profecías son referencias al **Siervo de Yahvé** del libro de Isaías, aunque no fue su autor sino un discípulo: Is 53,12 / 42,1-4.

La figura del Siervo de Yahvé aparece en el llamado "Libro de la consolación", y también se le aplica a Jesús. Los entendidos discuten acerca de ese misterioso personaje del que se dicen cosas maravillosas, pero la mayoría entiende que ese siervo no es otro que el pueblo de Israel (en 49, 3 se dice claramente: *Tú eres mi siervo, Israel, en quien me gloriaré*). Lo más decisivo para los creyentes es el Canto Cuarto (52, 13-15 hasta final del 53), donde se describe con todo detalle lo que parece ser la pasión de Jesús y la decisión divina de hacerle sufrir cruelmente para que se le perdonen todos los pecados a la humanidad. Pero una de las características de cualquier profecía es precisamente que nunca exponen con tanta claridad lo que va a suceder (son enigmáticas, confusas, herméticas, equívocas), de forma que resulta sumamente inverosímil una precisión tan detallada. Por otra parte, leyendo todo el Canto nos encontramos con algunos versículos que no se pueden aplicar a Jesús: *Ante él cerrarán los reyes la boca, Por eso (por justificar a muchos con sus desdichas) le daré su parte entre los grandes y con los poderosos repartirá despojos*. De todas formas, la idea de que sólo el sacrificio sangriento de alguien puede satisfacer a la divinidad hasta el punto de llevarla a perdonar los pecados de todos, no es más que una versión trasladada de la exigencia divina de sacrificios de animales, aceptada por todos los pueblos antiguos, incluidos los israelitas. Esa idea da por supuesto que el pecado (incumplimiento de un mandato divino) puede "ofender" a Dios hasta un punto inverosímil: Sólo puede ser reparada esa ofensa por el sufrimiento que produce una muerte horrible.

11.6. Hay profecías que no necesitan mayor explicación, por ejemplo, la de Isaías 6,9-10 (*Escuchad bien, pero no entendáis...*) sirve para justificar que Jesús hablaba en parábola para que nadie lo entendiera y que contradice al sentido común y a los propios evangelios, pues en Mateo 13,34-35 se dice todo lo contrario, y se justifica con el salmo 78,2.

O aquella de Mateo acerca del siervo (Isaías 42,1-4) que *no gritará ni hará oír en la calle su voz*, cuando Jesús se pasó todo el tiempo predicando por todas partes.

En el evangelio de Juan encontré referencias a estos salmos: 41,10 (Jn 13,18), 35,19 (Jn 15,25), 22,19 (Jn 19, 23-24), 34,21 (Jn 19,36-37) que aparecen como profecías y que son en realidad cantos de lamentación, las quejas de un hombre justo cualquiera, que se ve enfermo, insultado, despreciado o perseguido. Hay numerosos salmos que abordan este tema además de los citados. Por ejemplo: 59, 69, 70, 109. Los justos, cuando se encontraban en circunstancias adversas, recurrían a Yahvé para lamentarse e invocar su protección. A Jesús le hubiese venido bien cualquiera de ellos.

11.7. Lo más difícil para los escribas cristianos fue encontrar profecías referidas a la **resurrección de Jesús**, o su ascensión a los cielos, convertido en parte de la divinidad. Los hebreos jamás hubiesen escrito algo relacionado con la divinidad de un ser humano. Pero los escribas cristianos dieron con algunas frases que, interpretadas a su conveniencia, podían resolver el problema. Por ejemplo, el salmo 110, 1: *Oráculo de Yahvé a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que yo haga con tus enemigos el estrado de tus pies*. Sentar a alguien al lado derecho de Yahvé, en nuestro caso Jesús, significaba que tenía que haber resucitado y ascendido al cielo previamente. O bien el salmo 16, 10: *No has de abandonar mi alma al seol, no dejarás a tu amigo ver la fosa*. El salmista (ver la nota de la

Biblia de Jerusalén) se siente tan unido a Yahvé que teme que la muerte le separe de él. No hay ninguna referencia a Jesús.

Otros salmos, como el 118, cantado por la comunidad judía en la fiesta de las Tiendas, tiene un versículo, *Exaltado a la diestra de Yahvé* (tan parecido al 110, 1) que también se ha tomado como una prueba de la resurrección, se refiere en realidad a esa misma comunidad personificada en un solo individuo.

O bien aquel pasaje de Daniel (7, 13): *Yo seguía contemplando en las visiones de la noche, y he aquí que en las nubes del cielo venía como un hijo de hombre, que Mateo pone en boca del mismo Jesús ante el Sanedrín unido al 110, 1: A partir de ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.*

Todo ello bastante forzado, como puede verse. Así pues, Jesús nunca había sido profetizado. En realidad, era lógico: ésta es la razón de que los israelitas no lo reconocieran.

11.8. Hay frases en los evangelios en los que resulta **difícil saber a qué profecía se refieren**. En Marcos 14,17-21), Jesús afirma: *...porque el Hijo del hombre se va, como está escrito de él...*No existe ningún texto bíblico que diga eso del Hijo del hombre.

Los sinópticos transmiten otra frase del maestro: *Todos los días estaba junto a vosotros, enseñando en el Templo y no me detuvisteis, pero es para que se cumplan las escrituras.* Tampoco hay forma de encontrar estas “escrituras”, porque en el cuarto canto del Siervo no se alude a este detenimiento.

Otra frase de Lucas que no hay forma de encontrar en las Escrituras: *Y les dijo: Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre.*

Y no contento con ello lo vuelve a repetir en el tercer anuncio de la pasión: *Mirad que subimos a Jerusalén y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron del Hijo del hombre, pues le matarán y al tercer día resucitará.* No hubo

ninguna profecía en este sentido, lo que dice Lucas es lo que se predicaba en los primeros tiempos.

En Lucas y en Mateo encontramos otras dos frases de Jesús: *Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.* Y esta otra: *Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los salmos acerca de mí.* Y, entonces, *abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras.*

Estas frases expresan precisamente lo que hicieron los escribas cristianos, no el mismo Jesús. Otro tanto hace Juan cuando afirma de Jesús: *Porque si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí.* Lo que escribió Moisés (Deuteronomio 18,15) se refiere a los profetas en general, no a Jesús, basta con leerlo.

Aunque he dejado otros datos al margen, estos son suficientes para que el lector comprenda qué pude sentir al descubrir que mi buen amigo no parecía ser nada divino. Fueron sus discípulos quienes lo elevaron a ese rango tan especial. Los seguidores de Buda hicieron otro tanto con su Maestro.

DOCE. LA OTRA CARA de JESÚS

12.1. También tuve la ocasión de conocer mejor al Maestro de Nazaret de los Evangelios. Llegué a la conclusión de que la figura del Sagrado Corazón de Jesús, transmitida por la imaginería popular, que pretende ser enternecedora y clemente pero resulta remilgada y empalagosa, trata de obviar numerosos pasajes evangélicos en los que el Maestro se muestra como un ser humano irritado por una frustración: su mensaje no calaba en las masas.

-¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tempo que se hubieran convertido. Por eso os digo que el día del juicio habrá menos rigor para esas ciudades que para vosotras.

-Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno te hundirás! porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, aún subsistiría el día de hoy. El día del juicio habrá menos rigor para Sodoma que para ti (Mateo 11, 21-24).

Pero hay más.

Se cuenta que, en una sinagoga, cuando le presentaron al hombre de la mano paralizada, preguntó a los fariseos: "¿Es lícito en sábado hacer el bien en lugar del mal? Pero ellos callaban. Entonces *mirándoles con ira*, por la dureza de su cabeza..." (Marcos 3,5).

Cuando le traen a un endemoniado que sus discípulos no han podido curar (Marcos 9,19) su reacción es intempestiva: "*¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros?*". Y lo peor de todo es que esta explosión de enojo no se sabe si va dirigida al padre del enfermo o a los discípulos que no han logrado curarle, ya que en el texto no está nada claro.

12.2. La expulsión de los mercaderes del Templo fue otra expresión de ira: volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas, y no permitía que nadie transportase cosas por el Templo, diciendo a gritos: "¡Vosotros habéis convertido la Casa de Dios en una cueva de bandidos!", escribe Marcos (11,17). Juan 2,13 es más expresivo aún: "Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y

los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas." La escena supone a un hombre que a latigazos conmociona todo el recinto del atrio del Templo, haciendo correr a hombres y bestias. Los teólogos le llaman a eso "cólera divina". Sabemos que se trata de una reacción bastante humana.

Tampoco se mostró muy paciente cuando envió a sus discípulos a predicar la Buena Nueva por los pueblos cercanos (Mateo 10,14): "Si algún lugar no os recibe y no os escuchan, marchaos de allí sacudiendo el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos". Es decir: nada queremos vuestro, ni siquiera el polvo de vuestras calles, pues nada queremos saber de vosotros. Y termina Jesús: *"Yo os aseguro que el día del juicio habrá menos rigor para Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella que no os escuchó"*.

Sodoma y Gomorra son sinónimos de maldad y depravación; las ciudades que no recibieron a los apóstoles serían tenidas por más malvadas y depravadas aún. Y condenadas, por supuesto, como lo fueron Cafarnaúm, Corazín, Jerusalén y Betsaida, aunque afortunadamente no se cumplieron tan terribles palabras en estos casos.

Cuando los fariseos se le acercan para pedirle una señal, tiene otro arranque de ira: *"¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos! ¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama y no se le dará otra que la de Jonás"* (Mateo 16,3).

12.3. Jesús sentía antipatía hacia los ricos. Ya había dicho en cierta ocasión que era más difícil a uno de ellos entrar en el Reino que a un camello pasar por el ojo de una aguja. No sabemos la razón, pero muy probablemente porque sabía que las riquezas son un estorbo para aceptar su mensaje. En la parábola del sembrador afirmó que la Palabra sembrada entre los abrojos era ahogada por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida. Cuando llama felices y

bienaventurados a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran, según cuenta Lucas (6,20-25), a continuación maldice a los ricos:

¡Ay de vosotros, los ricos!, porque ya habéis recibido vuestro- consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto.

Santiago, en sus cartas, es más duro aún que su Maestro: Vosotros los que decid: "Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasaremos allí el año, negociaremos y ganaremos" (no se habla aquí de ricos cuyas ganancias hayan sido adquiridas indebidamente, sino de empresarios honestos que hacen negocios normales), vosotros que no sabéis qué será de vuestra vida mañana ¡sois vapor que aparece un momento y después desaparece!... Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad: el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra en delicias y placeres y habéis engordado para el día de la matanza (Sant 4,13 a 5,5).

12.4. Esta aversión de Jesús hacia los ricos se extiende a toda la clase sacerdotal. Un fariseo rogó a Jesús que fuera a comer a su casa, y se escandalizó al ver que no realizaba las abluciones obligatorias. Él dijo (Lucas 11, 39):

Vosotros los fariseos purificáis la copa y el plato por fuera, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad. ¡Insensatos! El que hizo el exterior ¿no

hizo también el interior? ¡Ay de vosotros, los fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda legumbre y dejáis a un lado el amor a Dios!

A partir de aquí, el Maestro se explaya, hasta el versículo 54, insultando a todos los fariseos con palabras cada vez más duras.

Y Mateo dedica todo su capítulo 23 a transmitir otras invectivas, que acaban con la conocida frase:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad!

¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar a la condenación de la gehenna?

12.5. Jesús no se muestra manso y humilde de corazón. Tenía sus motivos: la gente no le hacía mucho caso, a pesar de sus “señales” (a menos que los evangelistas hayan exagerado sus milagros, como es más probable).

- *¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos bajo las alas y no habéis querido!* (Mateo 23, 37).

- *Al acercarse y ver la ciudad (Jerusalén), lloró por ella diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz!* (Lucas 19, 41).

- *Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: Está fuera de sí* (Marcos 3, 21).

- *Es que ni siquiera sus hermanos creían en él* (Jn 19, 41).

- *En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su tierra* (Lc. 4, 24)

- *Vosotros no me buscáis porque hayáis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado* (Jn 6, 26).

- *¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora que ha bajado del cielo?* (Jn 6, 42).

- Aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en él (Jn 12, 37).

- Muchos entre la gente decían: *Éste es sin duda el profeta. Otros decían: Éste es el Cristo. Pero otros replicaban: ¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo?* (Jn 7, 40).

TRECE. LOS MILAGROS

13.1. Aunque yo estaba acostumbrado a considerar a Jesús como el hijo de Dios, esta nueva lectura de la Biblias cristiana me hizo caer en la cuenta de que allí aparecían demasiadas intervenciones divinas: ángeles que anuncian el nacimiento, aclaran la situación a José, cantan a coro, aparecen a unos pastores, apremian a ir a Egipto y volver luego, una estrella que "se coloca" encima de una casa, un demonio que se lo lleva por los aires hasta un monte y al pináculo del templo, endemoniados que le conocen, muertos que resucitan, ciegos que ven, sordos que oyen, cojos que andan, la resurrección de nuestro héroe, que a continuación sube hacia el cielo a la vista de sus discípulos... Lo sobrenatural sigue manifestándose en sus discípulos, no hay más que leer el libro de los Hechos, una colección de maravillas y apariciones del Espíritu Santo. Y como por aquel tiempo yo andaba también leyendo la Historia de las religiones de diversos autores, no tuve más remedio que hacer comparaciones. En Jesús se repetía lo que en otros fundadores. De todos se cuentan cosas prodigiosas que sirven para mostrar el origen divino, o casi divino, o simplemente la importancia de algún personaje, y que, después de Jesús, se ha repetido a lo largo de la historia. Buda, Zoroastro, Moisés, Nadak, Mahoma, Moon, José Smith...son algunos.

Lo sorprendente, respecto a Jesús como sanador, es que utiliza diferentes formas de curación. A veces le es suficiente con pronunciar unas palabras, dirigidas a un hombre, a los espíritus inmundos o al mar; a veces lo hace dando un fuerte grito. O bien sólo con el tacto. En el caso de un ciego usa su propia saliva, y con otro, barro hecho con saliva. Aunque, en ocasiones, hace uso del tacto y la palabra. En un caso, mete los dedos en los oídos de un sordo y "gime": ¡ábrete!

Hay otro milagro en el que el paciente toca a Jesús y queda curado sin que él se dé cuenta (hemorroísa).

La mayoría de las veces el enfermo está presente, pero en dos ocasiones cura a distancia.

Por último, se cuenta, como en el caso de la hemorroísa, que el cuerpo de Jesús y la misma ropa que lo cubría podían curar porque "una fuerza" misteriosa salía de él y se introducía en el cuerpo de los enfermos como un remedio milagroso, a veces incluso sin que el mismo Jesús se enterara de quién era el agraciado. Estas diferencias tan exageradas me llevaron a dudar de todos ellos. Veamos algunos ejemplos de máxima discrepancia: Jesús cura a distancia, algo muy propio de una divinidad. Lo vemos en la narración del criado del centurión, en la hija de una mujer pagana y en la hemorroísa. He aquí los tres estupendos milagros. Pero después lo compararemos con otros dos, bien diferentes, en los que el Maestro no sabe cómo emplear sus poderes.

13.2. El criado del centurión. (Mt 8,5; Lc 7,1; Jn 4,46) Al entrar en Cafarnaúm (en Galilea) un centurión romano se acerca al Maestro para decirle que tiene a su criado enfermo de parálisis. Cuando Jesús se ofrece para ir a curarle, el militar se expresa en un discurso lleno de humildad y de fe: "Señor, yo no soy digno...Jesús "quedó admirado" (una expresión muy humana por cierto, pero nada divina) y, volviéndose a la gente, dijo: "Nunca he encontrado en Israel a nadie con una fe tan grande". A continuación, aprovechando la circunstancia de que

se trata de un pagano, pronuncia él también un discurso sobre el futuro, cuando "vendrán muchos de oriente y de occidente a ponerse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino (los judíos) serán echados a las tinieblas de fuera, donde habrá llanto y rechinar de dientes". Son palabras que expresan exactamente lo que ya había ocurrido cuando Mateo las escribía: los judíos habían rechazado a Jesús y muchos paganos, gracias a la predicación de los hebreos helenistas cristianos, se convirtieron en seguidores del Maestro. Nada tiene de extraño que ese discurso lo haya introducido Mateo por su cuenta. Lo que sigue empalma perfectamente con la admiración de Jesús; "Y dijo Jesús al centurión: Anda, que te suceda como has creído". Y acaba Mateo: "Y en aquella hora se curó el criado". El discurso de Jesús, como puede verse, contradice sus propias palabras en la región de Tiro, cuando decía que sólo había sido enviado a las ovejas perdidas de Israel. Ahora, estas ovejas están realmente perdidas.

Resulta sorprendente cómo lo cuenta Lucas. El centurión y Jesús no se encuentran frente a frente. El militar envía unos emisarios a decirle que venga a su casa a curar a su criado, pero cuando Jesús se está acercando, vuelve a enviarle a unos amigos para decirle que no hace falta que llegue, que con su palabra será suficiente para curado, etc.; todo el discurso del centurión en Mateo. Jesús se admira, efectivamente, y dice que no había encontrado en Israel una fe tan grande. Y no hay más. Los enviados vuelven a casa del centurión, que no se había movido de ella, y encuentran al criado sano y salvo. Lucas no dice que estuviese parálítico, sino simplemente enfermo, y no cuenta el discurso de Jesús sobre los paganos que entrarán en el Reino.

La narración de Juan es más extensa y diferente. Ya no se trata de un militar, sino de un alto funcionario real. Tampoco el enfermo (no se dice de qué mal) es un criado, sino su propio hijo. El funcionario va personalmente a rogar a Jesús que vaya a su casa (no sabe que puede curar a distancia), y por tanto no pronuncia ningún discurso de humildad y confianza. Jesús se siente molesto por la

petición: "Si no veis señales y prodigios, no creéis", y ante la insistencia del funcionario de que vaya a su casa, le concede la curación desde lejos.

El que Juan puede contar la misma historia pero introduciendo cambios importantes, significa que estas narraciones no son rigurosamente históricas y que la imaginación de un autor juega un papel importante en todo ello. Y esta circunstancia se repite en las distintas versiones de los otros milagros.

13.3. Una mujer siriofenicia (Mc 7,24; Mt 15,21) le pide que cure a su hija, poseída por un mal espíritu. Jesús le dice Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros. Ante semejante exabrupto (la mujer era uno de esos perros), ella no se arredra e insiste: También los perros, debajo de la mesa, comen de las migajas de los niños. Pobre mujer, es imposible ser más humilde. Jesús accede: Por lo que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija. Y así sucedió.

Otra forma de curación muy propia de un ser más bien divino se encuentra en la historia de **la hemorroísa** (Mc 5,21; Mt 9,20; Lc 8,40).

La enferma se acercó a Jesús sin que nadie lo advirtiera y le tocó el vestido. Inmediatamente cesó el flujo de sangre, pero Jesús se dio cuenta de que una tuerza había salido de él. Ignorante, a pesar de su sabiduría humana y divina, de qué había ocurrido, preguntó: "¿Quién me ha tocado los vestidos?". Sus discípulos, lógicos y lúcidos, le responden: "¿Todos te apretujan y tú preguntas quién te ha tocado?". Pero él miraba a su alrededor buscando a quien le había tocado. Sólo entonces, por propia iniciativa, y algo asustada por su atrevimiento, la mujer se le acerca y le cuenta lo que había sucedido. Él le dijo: "Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad".

Este es el relato de Marcos. Lucas añade otra frase de Jesús cuando Pedro le arguye que habiendo tanta gente era imposible saber quién le había tocado:

"Alguien me ha tocado -insiste Jesús ignorante- pues he sentido que una fuerza ha salido de mí". Entonces se acerca la mujer y la historia sigue.

Mateo es más conciso, como otras veces. Y más avisado. Se dio cuenta de que la narración de Marcos dejaba en mal lugar a Jesús, de manera que presentó la escena de otro modo: La mujer le toca, Jesús se vuelve para mirarla y le dice: "¡Ánimo!, hija, tu fe te ha sanado".

Como vemos, Jesús es realmente un "hombre divino" cuyos poderes van más allá de los de un simple curandero, sin embargo, en dos ocasiones utiliza gestos mágicos para sanar, incluso uno no le sale bien a la primera.

13.4. El tartamudo sordo (Marcos 7,31)

Le presenta a un sordo con dificultades para hablar pidiéndole que imponga la mano sobre él. Jesús, apartándole de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua. Luego, levantando los ojos al cielo, lanzó un gemido y le dijo: "*Effata*", que quiere decir: ¡Ábrete!, y se abrieron sus oídos y al instante se soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente. Aunque estaban solos Jesús y el enfermo, Marcos lo cuenta en plural: Les mandó que a nadie lo contaran. Pero cuanto más se lo prohibía, tanto más ellos lo publicaban. Y se maravillaban sobremanera.

El ciego de Betsaida (Marcos 8,22).

Nos encontramos con un caso parecido al anterior. En Betsaida (ciudad fronteriza, mixta de judíos y paganos) le presentan un ciego. De nuevo, el evangelista da a entender que allí era conocido, aunque era la primera vez que iba. Jesús, tomando al ciego de la mano, le sacó fuera del pueblo (lo aparta de la gente, igual que hizo con el tartamudo sordo), le puso saliva en los ojos, le impuso las manos y le preguntó: "¿Ves algo?". Pero el ciego no estaba curado del todo, a pesar de la saliva y la imposición de manos: "Veo a los hombres, pero como si fueran árboles que andan". Jesús le vuelve a poner las manos sobre los

ojos, y sólo entonces "comenzó a ver perfectamente". Y le envió a su casa diciéndole: "Ni siquiera entres en el pueblo".

Los otros tres evangelistas no dan cuenta de estas curaciones en sus respectivos evangelios. En realidad son los dos únicos prodigios de Jesús que faltan en Mateo y Lucas. Marcos es un narrador muy especial; no cuenta la curación a distancia del criado del centurión (en la que los otros tres no se ponen de acuerdo), pero no le importa contar estos milagros tan poco milagrosos. (NOTA. Es cierto que Marcos cuenta una curación a distancia (justo antes de lo del ciego), la hija de una mujer pagana, pero véase que se refiere a un exorcismo, no a una verdadera curación). La única respuesta plausible es que el relato sea verdadero (en cuanto al hecho de utilizar las manos y la saliva), y que Marcos no encontrara motivo para suprimirlo. Mateo y Lucas fueron más perspicaces (y escribieron veinte años más tarde aproximadamente). Posiblemente oyeron acusaciones de magia de los enemigos de Jesús que los pusieron en guardia.

13.5. Siempre que leí los evangelios, cuando todavía era joven, pasaba de puntillas por lo que a todas luces debería haberme puesto en guardia, pero nunca lo hacía, como, por ejemplo, los **exorcismos de Jesús**. En la actualidad, no puedo creer que aquellas personas estuvieran realmente poseídas. Tales posesiones se describen claramente como distintos grados de epilepsia, de histeria o de doble personalidad. Los exorcismos constituyen una excusa para dar a entender que Jesús tenía poder sobre los espíritus del mal, de cuya existencia no cabía duda en aquellos tiempos. Los demonios le reconocen y hablan, pero sólo para dar fe de la superioridad de Jesús. Un buen recurso literario. Resulta instructivo que Juan no los mencione y el hecho de que cuando el Bautista envía mensajeros a Jesús a preguntarle si él es el que había de venir, el Maestro enumera sus milagros, pero no incluye los exorcismos. Así lo cuentan tanto Mateo (11, 4-6) como Lucas (7, 22).

Hoy, ni siquiera estoy muy convencido de que tales narraciones se refieran a algún hecho real interpretado como milagro. Y me ocurre otro tanto en el resto de las acciones portentosas del Maestro. Por diferentes motivos.

Algunas de esas acciones resultan fuera de lugar, además de absurdas, puesto que no benefician a nadie. Recuerde el lector a Marcos 11, 12 y Mateo 21, 18, informándonos de que Jesús había secado una higuera porque no tenía fruto, ni era tiempo de que lo tuviera. O recuerde Mateo 17, 24, la historia del pez que, al ser pescado por Pedro, a instancias de Jesús, resulta que tiene una moneda en la boca y con ella pagan, ambos, el tributo debido al Templo. O bien la narración de la tempestad calmada (Marcos 4, 35; Mateo 8, 23; Lucas 8,22). Incluso Marcos 6, 45; Mateo 14, 22; Juan 6, 16, que cuentan cómo el Maestro anduvo sobre el mar.

Y es que no sólo se trata de la inutilidad de esas escenas, es, también, que estas y otras, la mayoría, esconden incoherencias internas que no pueden darse en sucesos reales.

13.6. En Mc 1,40ss; Mt 8,1-4; y Lc 5,12-14, **la historia del leproso curado** acaba con las palabras de Jesús al enfermo: No se lo digas a nadie. Mc afirma que, a pesar de ello, "comenzó a divulgar a voces lo ocurrido", de forma que Jesús no podía ya entrar en ciudad alguna y sólo recibía en lugares solitarios. De todas formas, resulta un disparate en Mc y Lc, porque el primero dice que curó al leproso después de bajar del monte seguido de las multitudes, y el segundo afirma que lo curó estando en una ciudad. El milagro, pues, se hizo a la vista de todos, ¿por qué se le pide silencio al sanado? Dicen que el Maestro no quería que se descubriese su mesianismo, porque no coincidía con la idea, totalmente política, que tenía los hebreos acerca del mesías, pero, incluso así, las palabras de Jesús no podían servir a su objetivo.

El ciego de Jericó (Mc 10,46; Mt 20,29; Lc 18,35): ...él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús, ¡no parecía tan ciego, pues!, y le pregunta: "¿Qué quieres que te haga?". Es difícil entender la pregunta, Jesús sabía lo que necesitaba, puesto que era Dios, y además el hombre estaba ciego.

El paralítico. (Marcos 2,1; Mateo 9,1; Lucas 5,17) El Maestro está en una casa predicando, y hay tanta gente que ya se agolpa hasta en la calle. Le traen un paralítico y se ven obligados a abrir un agujero en el techo para que llegue hasta Jesús. Uno se pregunta si no había una solución menos drástica, como pedir paso en nombre del enfermo. Los fariseos se confabulan para eliminarle; he aquí algo que se repite a menudo, por parte de los fariseos, después de presenciar un prodigio del maestro; una reacción difícil de entender en una situación así, porque supone que los fariseos ni se inmutaban ante un milagro, como si fuera algo normal y, además, temían que a causa de ellos la gente le siguiera. Resulta bastante infantil. (El paralítico,

13.7. En varias ocasiones, las autoridades religiosas acusan a Jesús de trabajar en sábado (que, como se sabe, estaba prohibido por la ley mosaica), porque llevaba a cabo alguna curación milagrosa. Estos debates resultan falsos por dos razones. Una, porque ante un prodigio sobrenatural a nadie se le ocurre compararlo con un trabajo (a menos que se entienda como una simple atención médica), y otra, porque en aquellos tiempos, incluso el curar en sábado estaba permitido (el rabí Hillel es un ejemplo entre otros). Incluso vale lo que el mismo Juan pone en boca de algunos: ¿Cómo puede un pecador realizar semejantes señales? Más bien parece que están escritos para explicar el rechazo de las clases dirigentes hacia Jesús, y acusarlas así de ser los autores de su muerte.

El enfermo en la piscina de Bezatá (Juan 5,1). En Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, había una piscina con cinco pórticos, en los que yacían multitud de

enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, "esperando la agitación del agua, porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier mal que tuviera".

Nada más leemos este comienzo, comprendemos que nos encontramos, una vez más, ante lo que algunos estudiosos llaman "novelas", es decir, narraciones que no tienen relación con la realidad, sino que son un recurso literario para explicar un hecho que sí pudo ser real, en este caso el rechazo, otra vez, de los judíos a las obras de Jesús. No puede ser cierto, histórica y lógicamente hablando, que Dios envíe, "de tiempo en tiempo", es decir, sin avisar, teniendo a todos los enfermos continua y ansiosamente pendientes del suceso, a un ángel que remueva las aguas, único momento en que todos a una se lanzarían a la piscina en brutal confusión, sabiendo que solo uno, el primero, quedaría curado. Una forma harto cruel por parte de una divinidad que se supone amorosa con los desdichados. No se sabe por qué, y dado que en los pórticos de la piscina había una multitud de enfermos, Jesús se acerca a un hombre, del que no se dice cuál era su mal, sino sólo que llevaba treinta y ocho años enfermo, y le hace, otra vez, una pregunta supérflua: ¿Quieres curarte? Señor, responde el enfermo, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo.

Realmente dramático, y, sin ninguna duda, no el único caso. Jesús le dice simplemente: Levántate, toma tu camilla y anda. Y así sucedió. Pero, ¿por qué el hombre, ya curado, tiene que llevarse la camilla si no la necesita? No se trata más que de un recurso para que los enemigos de Jesús tengan de qué acusarle. Efectivamente: era sábado aquel día, y "los judíos", al verle, le advirtieron que no podía llevar la camilla. Él les explica que alguien le ha curado y le ha dicho que se marche con la camilla a cuestas. Los judíos le preguntan quién hizo tal cosa, pero el enfermo curado no lo sabe, porque Jesús se había perdido entre la multitud. Más tarde, Jesús lo encuentra en el Templo, y le dice: Mira, estás

curado; no peques más, para que no te suceda algo peor. Por lo visto, Jesús de Nazaret, Segunda Persona divina, estaba de acuerdo con la idea, entonces extendida, de que las enfermedades eran un castigo de Dios a causa de nuestros pecados.

13.8. El ciego de nacimiento (Juan 9,1). En este caso, la polémica no tiene lugar directamente entre Jesús y sus enemigos. Es después del milagro cuando estos se enfrentan con el hombre sanado, pero no con Jesús. La narración es extensa. Comienza con una reflexión de los discípulos al ver al hombre ciego: ¿Quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?, lo que confirma lo que acabamos de decir en el milagro anterior. Pero, en este caso, la respuesta de Jesús va en otra dirección, no menos problemática: Ninguno pecó, sino que aquel hombre estaba ciego para que se manifestaran en él las obras de Dios, es decir, sus milagros. ¿Quiso Dios que un hombre sufriese un mal tan grande desde su nacimiento para que, llegado su Hijo, lo curase?

Los vecinos se enteran del acontecimiento al ver al ciego ya curado, le interrogan y lo llevan a los fariseos, que a su vez interrogan a sus padres, pues no creían que aquel hombre fuese ciego de nacimiento, y después al enfermo sanado, ¡que resulta ser un experto orador respondiendo a los fariseos! Más tarde, Jesús se encuentra con él y le pregunta, sin que sepamos por qué, si cree en el Hijo del hombre. Por supuesto que el nuevo vidente no sabe nada de ese personaje, y Jesús tiene que decirle: Es el que está hablando contigo. El otro cae de rodillas ante Jesús y exclama: Creo, Señor.

La hija de Jairo (Marcos 5,21; Mateo 9,18; Lucas 8,40) Jairo era uno de los principales de la sinagoga (no se dice de qué pueblo). Se echó a los pies de Jesús y le suplicó que fuese a su casa e impusiese sus manos sobre su hija, que estaba gravemente enferma. En el camino, rodeado de gente, tiene lugar la curación de la hemorroísa, que ya hemos contado. Antes de llegar a casa de Jairo, le sa-

len al encuentro algunas personas para decirle que ya no era necesario molestar al Maestro, pues la muchacha había fallecido. Jesús, sin embargo, le dice: No temas; solamente ten fe.

Luego, sin permitir que nadie le siga, a excepción de tres de sus discípulos, entra en la casa, donde la gente llora y da gritos de dolor. *¿Por qué alborotáis y lloráis?* -les dice Jesús-. *La niña no ha muerto; está dormida.*

Se burlaron de él los presentes, pero Jesús entró en la habitación con los familiares íntimos y, tomando a la niña de la mano, le dice: Muchacha, levántate. Ella se levantó y se puso a andar. Quedaron todos fuera de sí, llenos de estupor. Y les insistió mucho en que nadie lo supiera, y que le dieran de comer. Más sorprendente que la misma resurrección resulta la orden insistente de Jesús. ¿Cómo pretendía que nadie se enterase de algo tan insólito, máxime cuando había llegado allí rodeado de una muchedumbre? Mateo es más escueto e introduce algunas variantes: el padre de la niña viene a rogarle que vaya a su casa porque su hija había muerto, y él quería que la tocara con su manto para que volviera a la vida; Jesús no pronuncia palabra alguna, sólo la toma de la mano; y termina con la frase "y la noticia del suceso se divulgó por toda aquella comarca", algo mucho más lógico que de Marcos y Lucas.

13.9. Lázaro (Juan 11,1). Este es uno de los milagros que resultan más rocambolescos cuando se tienen en cuenta los detalles. Lázaro era hermano de Marta y María, las cuales enviaron recado a Jesús de que estaba enfermo. Jesús, inexplicablemente, no se da prisa por ir a curarle: estuvo dos días en el mismo lugar, como si esperase a que el joven muriese. Luego se puso en camino con sus discípulos, y en el trayecto les dijo: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Esperaba, por lo visto, que sus discípulos aumentaran su fe si le veían resucitarlo. Pero, de todas formas, parece lógico que hubiera tenido el mismo efecto la curación del enfermo de gravedad: Los discípulos ya habían visto otras resurrecciones del Maestro, ¿por qué nece-

sitaban otra más para creer en él? ¿O tal vez Juan ignoraba las otras dos resurrecciones que hizo? Cuando Jesús está cerca de la casa, Marta le sale al encuentro y se entabla un diálogo entre los dos: Si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto -pero añade: Pero aún ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá. Marta da por supuesto que Jesús puede resucitar a su hermano, pero que no es él, sino Dios por su medio. Tu hermano resucitará". Y Marta: Ya sé que resucitará en el último día. Ahora no parece tan segura. Yo soy la resurrección y la vida, el que crea en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? (Una de las muchas frases misteriosas y ambiguas de Jesús en el evangelio de Juan). Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo -palabras que no pueden aducirse en favor de la divinidad de Jesús, puesto que un momento antes afirmó que Jesús hacía milagros por el poder de Dios, no por sí mismo. Marta llama a María, que también llora y repite las palabras de su hermana. Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero no muestra la confianza de Marta y Jesús no entabla un diálogo con ella.

Y entonces tiene lugar una escena que no deja de sorprender: Jesús se conmovió interiormente, se turbó, se echó a llorar y se volvió a conmover en su interior por el muerto. Y es sorprendente porque él esperó a que muriera pudiendo haberlo salvado. ¿Y por qué llorar de ese modo tan exagerado por un muerto que no tardaría más que unos minutos en volver a la vida? En efecto, se acercó a la cueva donde estaba enterrado el cadáver, y cuando Marta le recuerda que ya hiede, pues lleva cuatro días muerto (ahora vuelve a parecer poco confiada), Jesús le dice: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Y a continuación vuelve a sorprendernos: por primera vez, levanta los ojos al cielo y habla con Dios: Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas, pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.

Parece que el evangelista quiere rodear el milagro de la mayor expectación posible: espera a que Lázaro muera para ponerse en camino, dice a sus discípulos que se ha dormido y va a despertarle, luego les aclara que ha muerto, mantiene una conversación con Marta, oye los gemidos de María y los concurrentes, se conmueve y llora, tranquiliza a Marta, reza a su Padre, y por fin, dando un fuerte grito, exclama: ¡Lázaro sal fuera! Debería suponerse que el milagro hubiese tenido lugar también si Jesús hubiese dado la orden en voz baja. ¿Por qué gritó? El caso es que (y aquí viene una nueva sorpresa), "salió el muerto, atado de pies y manos con vendas..." ¿Cómo pudo salir si tenía los pies atados? Un teólogo católico (Biblia Comentada, tomo V, BAC), lo explica así: "El tipo de sepulcro no era de los excavados en el fondo horizontal de la roca, sino que estaba, conforme al otro tipo de tumbas judías, escavada en el suelo y a cuyo fondo se bajaba por una pequeña escalera desde la abertura hecha en la superficie del suelo y cerrada con una gran piedra". De modo que, debemos entender que Lázaro, inmovilizado por las vendas, subió milagrosamente los escalones levitando y se detuvo fuera de la cueva. Fue entonces cuando Jesús ordena: Desatadle y dejadle andar. Fabuloso.

Los fariseos se enteran y se confabulan: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace grandes señales. Si dejamos que siga así, todos creerán en él, vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación. Se describe aquí una imagen de los fariseos que no puede ser más mezquina: saben que Jesús hace "señales", y a pesar de que la última demuestra un poder extraordinario, no creen en él. Algo que resulta más asombroso que el propio milagro. Lo demás (todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Templo) es una insidiosa exageración del autor que sólo podría entenderse en el caso de que Jesús predicara un mensaje claramente político, al que los cuatro evangelistas niegan rotundamente.

Pero Jesús no solo es un sanador, sino que incluso domina la naturaleza. Sin embargo, estas historias también encierran numerosas incoherencias.

13.10. La pesca milagrosa (Lucas 5, 4) Jesús está a orillas del lago Genesaret (el mar de Galilea) rodeado de gente. Estaban cerca unos pescadores lavando sus redes y, para predicarles con más comodidad, le pide a uno de ellos, Simón, que le preste su barca para subir a ella y hablarles desde allí. Cuando terminó, dijo a Simón: Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar. Simón le informa: Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra, echaré las redes. No explica Lucas por qué razón Simón confiaba en la palabra de Jesús, al que no conocía de nada, pues era la primera vez que se veían. Lo único que había visto era a Jesús predicando. Y había por entonces más de un predicador por toda Palestina afirmando que eran el Mesías. Y llamar Maestro a Jesús en esta primera ocasión, aunque le hubiese oído predicar, parece demasiado prematuro. Indudablemente, Lucas cuenta esta escena sin tener en cuenta las condiciones históricas. Es la primera vez que Jesús y sus discípulos se ven, pero le llaman Maestro y confían ciegamente en él. Es un anacronismo notorio.

El caso es que echan las redes, y la cantidad de peces recogida fue tan grande, que se vieron obligados a llamar a los compañeros para que trajesen sus barcas y les ayudasen a llevar a la orilla la pesca, y las barcas casi se hundían por el peso de los muchos miles de peces que llevaban. Simón, asombrado, se echó a los pies de Jesús y le dijo: Aléjate de mí, Señor, que soy un pecador. Jesús le dijo: No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.

En realidad, toda esta historia se refiere a la llamada de los primeros discípulos. Pero Marcos (a quien sigue Mateo fielmente) la había contado de otra forma antes que Lucas: Jesús camina solo por la playa cuando encuentra a dos hermanos, Simón y Andrés, y en seguida a otros dos, Santiago y Juan, y sin más preámbulos les dice: Venid conmigo y haré de vosotros pescadores de hom-

bres. Ellos dejaron allí mismo las barcas, las redes, incluso la familia y, sin chistar, se fueron tras él. Extraña situación: ¿cómo se explica que unos hombres dejen familia y trabajo y se vayan tras un personaje del que no saben nada? Tal vez Lucas debió pensar que semejante actitud no resultaba lógica (aunque era realmente milagrosa desde el punto de vista de un Jesús con poderes divinos) y colocó este milagro justo antes de la llamada, con lo cual, la marcha de los pescadores tras un individuo milagrero resultaba más congruente. Claro que para ello, si es que las cosas sucedieron así, que esto es sólo una conjetura, no hizo más que sustituir un milagro por otro. Sea como fuere, la pesca milagrosa sólo parece un alarde de poder para dejar apabullados a aquellos sencillos pescadores. Jesús lo hizo más de una vez.

Como mera curiosidad, añadamos el hecho de que Marcos y Mateo nombran a cuatro discípulos, mientras que Lucas sólo habla de tres: se olvidó de Andrés. Pero nada tiene de extraño, pues esta llamada de los primeros seguidores está contada también por Juan de una forma totalmente diferente.

13.11. La tempestad calmada (Marcos 4, 35; Mateo 8, 23; Lucas 8,22) Jesús y sus discípulos van en una barca por el lago, el Mar de Galilea. El Maestro duerme tranquilamente en la popa sobre un cabezal. En esto se levanta una borrasca, las olas irrumpen en la barca y esta comienza a anegarse. Jesús sigue durmiendo, a pesar de que debía estar empapado hasta los huesos. Ellos le despiertan diciéndole: Maestro, ¿es que no te importa que perezcamos?

La frase debía referirse a la actitud estudiadamente tranquila de Jesús, que ni se inmuta ante el desastre que se avecina, pero insinúa que Jesús puede hacer un milagro para salvarles, lo cual no tiene sentido en el contexto. Una vez despierto, increpó al viento y dijo al mar: ¡Calla, enmudece! El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. Se volvió entonces a sus discípulos y les dijo: ¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe? Ellos, se llenaron de temor y se decían: ¿Quién es, este que hasta el viento y el mar obedecen?

Como en otras ocasiones nos resulta extraño que Jesús tenga que gritar para que el milagro produzca. La narración resulta harto infantil, pues si Jesús tenía tales poderes sobre los elementos, bien podía haberlos acallado sin decir palabra, con sólo desearlo. Sin embargo parece que la intención del narrador es destacar la importancia de la fe para que se produzcan hechos prodigiosos. Aún así, antes de este milagro, Jesús había curado, ante sus discípulos, al endemoniado de Cafarnaúm, a la suegra de Pedro, a un leproso, a un paralítico, al hombre de la mano paralizada y a una multitud más de enfermos y endemoniados; lo que significa que los seguidores de Jesús debían ser bastante torpes cuando todavía no se habían dado cuenta de que tenían delante lo que los griegos llamaban un "hombre divino", un personaje con cualidades sobrenaturales. De todas formas, Marcos parece que se complace, también en otros lugares, en remachar esta torpeza de los discípulos.

Mateo relata este milagro introduciendo algunas variantes: las olas realmente "cubren" la barca, ¡mientras Jesús duerme plácidamente!; la frase con que le despiertan es diferente: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!", como si realmente estuviesen esperando el milagro, lo que no concuerda con la frase final de admiración; y se suprime la frase de imprecación de Jesús sobre los elementos, aunque se dice que "increpó a los vientos y al mar". Lucas y Juan ignoran este milagro.

13.12. La multiplicación de los panes (Mc 6,31; Mt 14, 13; Lc 9,10; Jn 6,1) Según Marcos y Mateo, por dos veces Jesús dio de comer a una multitud panes y peces. En la primera, él se retira con sus discípulos a un lugar solitario; pero la gente se entera y acuden "de todas las ciudades" (exageración evidente), llegando incluso antes que ellos, como si adivinasen el lugar al que se iba a retirar. Jesús siente compasión y les predica "extensamente". Se hizo muy tarde y los discípulos se le acercan: El lugar está deshabitado y ya es hora avanzada. Despide a la gente para que vayan a las aldeas y compren comida. No hace fal-

ta que vayan, dadles vosotros de comer-, responde, misterioso, Jesús. ¿Vamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?, preguntan ellos incrédulos. ¿Cuántos panes tenéis?- inquiera el Maestro. Cinco; y dos peces,-responden.

Entonces les manda que acomoden a la gente por grupos de cien y de cincuenta (¿por qué en grupos? ¿y por qué no todos de cincuenta, o todos de cien?), y él, tomando los panes, los bendijo y comenzó a darlo a sus discípulos. Los panes no cesaban de salir de las manos de Jesús, o de la cesta. Otro tanto sucedió con los peces, y comieron todos hasta saciarse. Incluso recogieron doce canastos llenos de trozos de pan y sobras de los peces, lo que significa que o los discípulos llevaban todos canastos cuando iban tras Jesús, o la gente salió de sus casas para verlo portando canastos para el camino.

Los que comieron fueron unos cinco mil hombres. ¿"Hombres", sin contar mujeres y niños, o se trata de una generalización y se toma "hombres" por "personas"? Sea como fuere, el número es a todas luces exagerado: cinco mil personas son los habitantes que tiene un pueblo bastante grande.

Mateo es más parco en la narración. Jesús siente compasión, pero no les predica; sino que curó a los que estaban enfermos, ordena que la gente se acomode sobre la hierba, pero no menciona lo de los grupos de cincuenta y de cien, tal vez porque no encontró una justificación lógica para ello; y al final nos aclara lo que no sabíamos por Marcos: los que comieron fueron cinco mil hombres, varones adultos, pues añade expresamente: "sin contar las mujeres y los niños". Debieron comer, pues, más de diez mil. Lucas también añade cosas por su cuenta: Jesús les predica, pero también cura a los enfermos, y ordena que se acomoden en grupos de sólo cincuenta. Juan puntualiza varios detalles. Jesús, ingenuamente, pregunta a Felipe: ¿Cómo vamos a comprar pan para que coman estos?- Y Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco. Interviene Andrés, hermano de Pedro: Aquí hay un muchacho

que tiene cinco panes y dos peces, pero ¿qué es esto para tantos? Haced sentar a la gente-, dice Jesús.

Cuando la gente acaba de comer, admirados por el portento, quisieron, por la fuerza, hacerle rey (detalle que no parece en los sinópticos), y entonces huyó al monte él solo. Aparte estas diferencias, los cuatro evangelistas están de acuerdo en la cuestión numérica: cinco mil hombres, cinco panes, dos peces, doce canastos con las sobras.

Jesús realiza este milagro por segunda vez, pero en esta ocasión sólo lo relatan Marcos (8, 1) y Mateo (15, 32). El esquema básico es idéntico al de la primera: 1) se reúne mucha gente tras las numerosas curaciones junto al lago; 2) han venido de lugares distantes y no tienen qué comer; 3) Jesús declara que siente lástima por ellos; 4) los discípulos le advierten que es imposible dar de comer a aquella multitud; 5) Jesús pregunta cuántos panes tienen; 6) bendice los panes y los peces; 7) se reparten; 8) todos se sacian; 9) sobran varias espuertas. Las diferencias sólo consisten en los números: siete panes, algunos peces, siete espuertas sobrantes, y cuatro mil personas alimentadas. Lo sorprendente es que los discípulos, después de haber presenciado la primera multiplicación, vuelvan a hacer la misma pregunta: ¿cómo saciar a tanta gente en un lugar solitario?. Parece como si no hubiesen presenciado el primer milagro. ¿Por qué Lucas y Juan no lo cuentan?

13.13. La oreja cortada (Lucas 22, 47-51) Los cuatro evangelistas cuentan el prendimiento de Jesús en el huerto de Getsemaní y cómo uno de sus discípulos (sólo Juan dice el nombre: Pedro) saltó sobre el criado del Sumo Sacerdote y le cortó una oreja. Pero sólo Lucas (los otros callan) afirma que Jesús le dijo: ¡Dejad! ¡Basta ya! Y tocando la oreja, le curó. (Un momento antes les había dicho que prepararan espadas). Con toda la parafernalia de soldados (Juan habla de una cohorte romana, de unos seiscientos hombres) más los guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos, y los discípulos empuñando las espadas,

resulta inverosímil que Jesús tuviese oportunidad para curar la oreja del siervo, aunque Juan haya exagerado respecto al número de soldados. No parece un momento apropiado para hacer un milagro.

Jesús camina sobre el mar (Marcos 6, 45; Mateo 14, 22; Juan 6, 16). Los tres evangelistas cuentan este prodigio justamente después de la primera multiplicación de los panes. Pero ahora nos encontramos con un problema de itinerario: ¿dónde ocurrió el milagro? Marcos cuenta que los discípulos han vuelto de su misión apostólica, y que entonces todos, con Jesús, se retiran a un lugar solitario, donde tiene lugar el reparto de panes. A continuación, dice Marcos que "obligó" a los suyos a subir a una barca y a ir por delante de él hacia Betsaida, mientras despedía a la gente y se retiraba a un monte a orar.

Betsaida era una población que se encontraba al noreste del lago, por lo tanto el milagro de los panes debió suceder en otro lugar antes de Betsaida, en el noroeste. Allí estaba precisamente Cafarnaúm. Pero Juan lo cuenta de otra forma: después de la multiplicación, los discípulos suben a una barca y se van a Cafarnaúm. ¿Cómo pueden ir a Cafarnaúm si ya estaban allí? Por lo visto, para Marcos y para Juan, el milagro de la multiplicación tuvo lugar en lugares diferentes y, por tanto, el otro milagro, el caminar sobre las aguas del lago, pudo ser camino de Betsaida o camino de Cafarnaúm. De todas formas, lo de andar sobre el mar fue algo muy peculiar. Ellos están en la barca, con el viento en contra; Jesús, que estaba en la orilla, se echa a caminar tranquilamente hacia ellos y, según Marcos, "quería pasarles de largo", o sea, que pensaba darles un susto pareciendo un fantasma. Ya dije más arriba que este portento era uno de los que resultaban totalmente superfluos.

Y por si fuera poco, Mateo añade una escena bastante cómica: Pedro quiere andar sobre el mar igual que Jesús, él lo anima y lo hace, pero se asusta y se hunde, y el maestro lo recoge y le advierte de que le falta fe. Y veremos en otro

lugar cómo exagera Jesús el poder de la fe. Aquí tenemos un ejemplo: poder andar sobre las olas.

13.14. En buena lógica, si un dios con forma humana quiere que se vea su divinidad con claridad, le basta con un solo milagro, algo realmente extraordinario, excepcional, impresionante, por ejemplo, su propia resurrección triunfante. Pero Jesús no supo aprovechar esta ocasión: sólo se enteraron los suyos. No parece interesado en que el mundo se entere de que se ha producido un milagro de tanta importancia. De haberlo querido, podría haberse aparecido a los escribas y fariseos que tanto lo odiaban, a los jefes judíos que lo juzgaron y al mismo Poncio Pilatos que lo sentenció a muerte. Resulta chocante que, según Mateo (27, 52ss), también resucitaron “muchos cuerpos de santos difuntos..., que entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos”. ¿Qué impedía a Jesús hacer otro tanto? La única explicación es que ni esos difuntos ni Jesús resucitaron. Si Jesús hubiera hecho lo mismo, sus discípulos no hubiesen tenido necesidad de convencer a sus oyentes de tan extraordinaria resurrección, ni los cristianos actuales harían tantos esfuerzos por demostrar que la Sábana Santa es una prueba de ella.

Y no se olvide que unos cuatrocientos años después de esa resurrección, Jesús no tuvo inconveniente en comunicarse con el emperador romano Constantino para animarlo a guerrear contra su enemigo Majencio, algo que los cristianos creen de todo corazón, aunque traten de explicar por qué no lo hizo en su propia tierra y a la gente que lo conocía. El hecho de mostrarse sólo a los suyos situó la creencia más trascendental del cristianismo exclusivamente en el plano de la fe, mientras que su aparición a sus contemporáneos la hubiese convertido en una realidad incontestable, lo que habría ahorrado a sus seguidores el incómodo trabajo de convencer a la gente de algo que resultaba absurdo. Jesús perdió la ocasión de mostrarse realmente un ser divino. Todo esto resulta

bastante sospechoso. Y, por si fuera poco, los testimonios recogidos en los evangelios están llenos de contradicciones.

CURACIONES MULTITUDINARIAS

13.15. Los evangelistas mencionan otros exorcismos y curaciones sin entrar en detalles:

Marcos (1, 32-34; Mt 8, 16; Lc 4, 40-41)

En Cafarnaúm: "Al atardecer, le trajeron todos los enfermos y endemoniados; **la ciudad entera estaba agolpada a la puerta**. Jesús curó a muchos que adolecían de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios, a quienes no permitió hablar, pues le conocían".

Marcos (3, 7; Mt 12, 15-16; Lc 6, 17-19)

"Jesús se retiró con sus discípulos a orillas del mar y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, también de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de la región de Tiro y Sidón (es decir, de toda Palestina desde el sur hasta el norte, incluyendo territorios paganos). Una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él. Entonces, a causa de la multitud, dijo a sus discípulos que le prepararan una barca para que no le oprimieran, pues, habiendo curado a muchos, cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle. Y los espíritus mudos, al verle caían a sus pies y gritaban: "¡Tú eres el Hijo de Dios!".

Marcos (6, 53; Mateo 14, 34-36):

"Llegaron a Genesaret y atracaron. Apenas desembarcaron, le reconocieron en seguida, recorrieron toda aquella región y comenzaron a traer enfermos en camillas...Y donde quiera que entrara, en pueblos, ciudades o aldeas colocaban

a los enfermos en las plazas y le pedían poder tocar siquiera la orla de su manto; y cuantos le tocaban quedaban sanados".

Lucas también cuenta que "toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos".

Mateo (15, 29) tiene otro resumen:

"Vino Jesús junto al mar de Galilea, subió al monte y se sentó allí. Y se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos; los pusieron a sus pies, y él los curó. De suerte que la gente quedó maravillada al ver que los mudos hablaban, los lisiados quedaban curados, los cojos caminaban y los ciegos veían; y glorificaban al Dios de Israel".

Los enfermos son de todas clases, aunque no se mencionan expresamente los leprosos, mientras que los endemoniados se llevan la palma. Estos debían abundar en aquellas tierras de forma extraordinaria.

OBSERVACIÓN: En Cafarnaúm, **la ciudad entera** estaba agolpada a la puerta. En otro lugar, le siguió **una gran muchedumbre**, y debió de ser bien grande, porque procedían de Galilea, de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de la región de Tiro y Sidón, es decir, de toda Palestina desde el sur hasta el norte, incluyendo territorios paganos. Otro lugar diferente, la región de Genesaret: recorrieron toda aquella región y comenzaron a traer enfermos en camillas...Y donde quiera que entrara, en **pueblos, ciudades o aldeas**... Y se le acercó **mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos**. Conclusión: el número de enfermos debió de ser enorme. Y al parecer, las curaciones lo fueron igualmente: **Curó a muchos** que adolecían de diversas enfermedades y **expulsó muchos demonios** (el paralelo de Mateo asegura que **los curó a todos**, lo que vuelve a leerse a continuación:) Habiendo curado a muchos, cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle. **Y cuantos le tocaban quedaban sanados** (sin excepción alguna, bastaba con to-

carle). Trayendo consigo **cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos**; los pusieron a sus pies, y él los curó (tampoco hubo excepciones en este caso).

¿A cuántos enfermos curó el Maestro? Los suficientes como para que su fama se hubiese extendido por todo el imperio romano. Pero el imperio romano no se enteró de nada. Semejante maravilla no ha quedado reflejada en ninguna parte; desde un punto de vista histórico, nunca sucedió.

CONCLUSIÓN

13.16. Y aún resulta más sorprendente el hecho de que **Jesús no tenía el monopolio de los milagros**. Existan narraciones acerca de que tales prodigios podían llevarlos a cabo diversidad de personas. De todos los fundadores de religiones se cuenta que hicieron milagros, incluyendo resurrecciones. El Antiguo Testamento está lleno de prodigios realizados por los profetas. Los de Moisés, especialmente, fueron tan extraordinarios que los de Jesús, comparados con aquel, apenas pueden considerarse juego de niños.

En tiempos de Jesús no faltaron los obradores de milagros en Roma, Grecia o Egipto, incluso en la misma Palestina, entre los judíos (en el Talmud se habla de un rabino que dio muerte a un colega suyo porque creyó que se había mofado de él, después de lo cual lo resucitó al darse cuenta de que se había equivocado).

El Libro de los Hechos nos cuenta el caso de Simón el Mago, a quien, en Samaria, todo el mundo "le prestaba atención porque les había tenido atónitos durante mucho tiempo con sus artes mágicas". Por supuesto que el autor de los Hechos llama magia al poder de hacer milagros, igual que en algunas tradiciones rabínicas (*baraitas*, citadas en el Talmud hebreo) entendían los prodigios de Jesús.

Los discípulos del Maestro de Nazaret también hicieron milagros cuando los envió como misioneros, incluso algunas personas que no eran discípulos, pero

que usaban el nombre de Jesús para realizar exorcismos, como nos cuentan Marcos y Lucas: *"Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y no viene con nosotros"*. Muerto Jesús, sus seguidores (Pablo, Pedro, Felipe...) también hicieron algunos milagros. Y con el paso del tiempo, durante estos dos mil años, no han faltado nunca, hasta nuestros días, santos milagrosos. Y curanderos y sanadores, cristianos y no cristianos.

Los milagros pueden hacerlos incluso personas y espíritus enemigos de Jesús: *"Surgirán falsos cristos y falsos profetas, y realizarán señales y prodigios para engañar a los elegidos"*, dice Jesús. *"La venida del Impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos"*, escribe Pablo en 2 Tesalonicenses.

Resulta llamativo que estos hechos sean "engañosos", ya que no se establece la diferencia con los que no lo son, los de Jesús. Y si tanta gente puede obrar milagros, estos no pueden interpretarse como "señales" de la divinidad del Maestro.

Por otra parte, jamás se menciona que apareciera de la nada, a causa de un milagro, un miembro perdido: la pierna de un cojo, el brazo de un manco, un ojo vacío, una oreja perdida.

Y como dijo alguien, los milagros de Jesús, como todos los milagros, resultan inútiles para la humanidad, pues aunque sanen a algunos enfermos, no eliminan las enfermedades. Este sí sería un verdadero milagro.

Estas intervenciones sobrenaturales, tan numerosas y suspendiendo con toda facilidad las leyes naturales para beneficiarnos a los humanos, o para castigarnos, contrastan con los hechos históricos que se han venido produciendo a lo largo de los siglos en los que hemos sufrido una serie de calamidades causadas por las leyes que dominan la naturaleza, tales como inundaciones, terremotos, tsunamis, deslizamientos de tierras, tifones, huracanes, erupciones volcánicas, pestes y epidemias, largas sequías que originan hambrunas devastadoras... Estas calamidades nos sumen en un sufrimiento sin sentido, no solo

por los millares de personas muertas, de todas las edades y condición, sino porque esas muertes se producen en circunstancias excepcionalmente terribles. También porque muchos de esos fenómenos destruyen pueblos enteros, hospitales, escuelas, incluso templos, y campos cultivados y vías de comunicación. Pues bien, al contrario de lo que se dice en las tradiciones religiosas, en estas circunstancias tan aciagas **no interviene ningún ente sobrenatural** en nuestro beneficio. Si a esto añadimos el hecho de que las tradiciones religiosas, que incluyen esos milagros, jamás han sido corroboradas por la Historia, la conclusión está al alcance de cualquiera.

CATORCE. UNA ÉTICA PROVISIONAL

El sermón del monte contiene las normas que todo seguidor de Cristo debe practicar. Pero también en otros lugares encontramos modelos de conducta, y todas ellas, analizadas detenidamente, resultan imposibles de llevar a la práctica, a menos que se posea un alto grado de heroísmo.

14.1. Lo primero que sorprende es el despego de **la familia** que Jesús exige a sus seguidores. Cuando su madre, en una boda, le informa de que los novios se han quedado sin vino, le dice: ¿Qué tengo yo contigo, mujer?, o bien, literalmente: ¿Qué a mí y a ti? (Juan 2,4), una expresión semítica bastante frecuente en la Biblia hebrea, que se emplea para rechazar una intervención que no se considera oportuna, incluso para indicarle a alguien que no se desea mantener ninguna relación con él. A lo que se añade el epíteto *mujer* (repetido en Jn 19, 26), que no tiene base ni en la Biblia ni en los escritos rabínicos (Braun, *La Mère des fidèles*, 1950). Más aún: Cuando alguien alaba a su madre por haberlo llevado en su seno, responde: *Más bien es dichoso el que oye la palabra de Dios y*

la guarda (Lc 11, 27-28). Ni se mostró muy amable con sus padres que le buscan angustiados (Lc 2, 48-49). Ni se interesa por su madre y sus hermanos que le buscan (Mc 3, 31-35). Su propia familia piensa que no está en su sano juicio (Mc 3, 20-21).

La renuncia a la propia familia no admite excusas, ni siquiera enterrar a los muertos o despedirse de los padres (Lc 9, 59-62), porque lo cierto es que los parientes son una rémora para los que predicán el Reino: *Sus propios familiares serán los enemigos de cada cual. El que ama a sus padres o a sus hijos más que a mí, no es digno de mí* (Mt 10, 34-37), palabras que en Lucas aún son más expresivas y directas. Quienes hacen la voluntad de Dios son más importantes que la familia (Mc 3, 31-35), una comparación tan absurda que puede llevarnos a pensar que la familia de Jesús no cumplía la voluntad divina. Los parientes de cada cual son enemigos de quienes quieran seguirle. Él ha venido a poner discordia entre padres e hijos, entre hermanos, entre parientes. Más aún: *Si alguno quiere seguirme y no odia a sus padres y hermanos...no puede ser discípulo mío* (Lucas 14,26-27) El lector no puede reprimir su asombro. ¿Cómo es posible pedir algo así?

Y tan pasmosa resulta su idea acerca del **trabajo**. Según él, no debemos preocuparnos de los problemas de mañana mismo, porque Dios, nuestro Padre, nos proveerá de cuanto necesitemos. Y para probar esta afirmación, recurre a una comparación: las flores del campo no trabajan, y sin embargo Dios las viste mejor aún que a Salomón, y a los pajarillos, que tampoco trabajan, Dios mismo los alimenta. Según esta forma de ver las cosas, ¿qué clase de sociedad sería ésta si se llevara a cabo? La idea ya no es solo una utopía sino algo que solo se podría sostener si un agente sobrenatural estuviera sosteniéndola con una providencia en constante vigilancia. Es decir, pura ilusión.

Jesús amonesta a los suyos para que no hagan **juicios** acerca de los demás, y no se refiere a los juicios temerarios, sencillamente dice que no hay que juzgar a nadie para, de este modo, no ser juzgados, se supone que por la divinidad, porque las personas nos seguirán juzgando cada vez que lo deseen aunque nosotros no las juzguemos a ellas. De hacerlo así, si hemos de ser consecuentes, habría que suprimir los tribunales de justicia.

14.2. El **amor al prójimo** es el rasgo de la ética de Jesús que más se ha destacado. Pero no podemos generalizarlo a toda la humanidad. Es imposible amar a tantos millones de personas, la mayoría de los cuales son unos perfectos desconocidos. Es más razonable que se estuviera refiriendo a aquellos que están más cerca de nosotros. Por otra parte, este mandamiento entra en contradicción con el despego de la familia que hemos constatado, porque si debemos amar al prójimo, los familiares deberían ser los primeros a los que hemos de amar.

Jesús va aún más lejos: sus seguidores deben **amar incluso a sus enemigos**. Pero Jesús no está pensando en aquellos que, en caso de guerra, violan y asesinan a nuestros parientes y destrozan nuestras casas. En tales casos, nos resulta más que heroico amarles. Basta detenerse unos instantes en los textos para comprobar que el Maestro se está refiriendo, con la palabra "enemigos", a personas cercanas a nosotros que nos causan algún daño como se cuenta en Lucas 6, 27-35. Según estos versículos, enemigos son aquellos que nos odian, nos maldicen, nos maltratan, nos abofetean o nos roban. Más aún, si nos roban, no debemos denunciar al ladrón ni intentar recuperar lo robado, incluso deberíamos darle lo que no nos robó. Si alguien se lleva algo nuestro no debemos reclamárselo. Si prestamos algo, no debemos esperar nada a cambio. Cuando alguien nos ataque, no debemos ofrecer resistencia y mucho menos responder con otro ataque.

Está claro que Jesús está hablando de personas que pertenecen a nuestra propia comunidad. Nadie viene desde lejos para hacernos este daño o aquel. De todas formas, aunque sea posible perdonar a quienes nos ofenden, una sociedad que pretenda funcionar adecuadamente no puede prescindir de la policía para detener los desmanes de agresores y ladrones, ni de la justicia para tomar las decisiones pertinentes.

14.3. Jesús exige, también, la **renuncia a todo privilegio**, autoridad o deseo de poder, no puede estar más claro en los Evangelios (Mateo 20,25-28 / 23,5-12...), y les recomienda una y otra vez la práctica de la humildad huyendo de la soberbia que dan los cargos o la posición social. Demasiado para seres humanos. Desde que la Iglesia fue declarada religión oficial por los emperadores romanos, los creyentes, con las autoridades religiosas a la cabeza, han olvidado totalmente estos mandatos, como nos cuenta la Historia.

Y para terminar, el mandamiento de **la pobreza**: para seguirle *hay que renunciar a todos nuestros bienes*, puesto que tanto las riquezas como las preocupaciones del mundo ahogan la palabra de Dios. *Vended vuestros bienes y dad limosna*, recalca en varias ocasiones, y les narra la desconcertante historia del pobre Lázaro, que sólo por ser pobre fue llevado al seno de Abraham, y del hombre rico, que sólo por ser rico fue condenado para siempre al fuego del infierno. Por otra parte, Jesús llama bienaventurados a los pobres y la razón está en que ellos van a heredar el Reino de Dios que ya está cerca. Sin embargo, hay un detalle evangélico que pone patas arriba lo que acabamos de decir. Se trata de la conocida escena ocurrida en Betania. Jesús ha sido invitado a comer en cierta casa. En esto, una mujer se le acerca con un jarro de alabastro con un perfume “de mucho valor” y unge con él la cabeza del Maestro. Alguien protesta por gastar tanto dinero habiendo pobres que carecen de todos. En este momento, Jesús pronuncia la célebre frase: *A los pobres siempre los tendréis entre*

vosotros y cuando queráis podéis hacerles bien, pero a mí no me tendréis siempre (Mc 14, 7). Si realmente este era su pensamiento, es evidente que Jesús no esperaba la llegada de ningún cambio radical en la sociedad auspiciado por su Padre. Y las palabras del sermón del monte acerca de los bienaventurados que son los pobres resultan huecas y sin sentido. Se ha tratado de justificar esas palabras de Jesús argumentando que su lenguaje, el arameo, permitía expresiones exageradas que no se tomaban al pie de la letra, pero Deuteronomio 15, 11 ya decía lo mismo refiriéndose a nuestra conducta con los pobres: *Puesto que nunca faltarán pobres en la tierra, por eso te digo: Abre tu mano a tu hermano, al humillado y al pobre*. Y en la Biblia hebrea nunca se dice nada respecto a una posible erradicación de la pobreza.

De todos modos, tomado en su conjunto, se trata de un programa de vida en común muy poco convencional. Sus discípulos intentaron seguirlo, como lo cuenta el libro de los Hechos, pero fue un fracaso. No se puede vivir sin previsión, al menos del futuro inmediato, ni se puede confiar en el poder de la oración para obtener *todo* cuando necesitemos, ni es posible fiarse de esa forma tan simplista en la Providencia divina. Jesús era un ingenuo obsesionado exclusivamente por ideas religiosas. Nunca se ocupó de problemas humanos ni soñó con ningún cambio social, excepto el religioso. Lo confiaba todo a la llegada del Reino de su Padre. Solo así se explica que sugiriera a los suyos una conducta tan excepcional.

De todas formas, el Nuevo Testamento está transido de aquella esperanza escatológica, aunque también aparece la constatación de su retraso. La Iglesia, al fin, sustituyó al Reino de los Cielos. No era lo que Jesús esperaba, pero no había otro camino para sus seguidores. Lástima.

QUINCE. La VENIDA de JESÚS y EL CAMBIO

Es un hecho que los primeros cristianos esperaban que se produjera un cambio radical en sus vidas a causa de ciertas circunstancias que tendrían lugar en un periodo de tiempo muy corto. Los textos hablan de la inminente aparición del reino-reinado de Dios, pero también de una venida del mismo Jesús después de su muerte, aunque no está muy claro si esa venida supondría el establecimiento de ese Reino aquí en la tierra, o vendría acompañada del fin del mundo. Como quiera que fuese, ese cambio estaba muy próximo. Este hecho es lo que explicaría que la ética de Jesús fuera tan temporal e interina, una espera que no supondría un esfuerzo excesivo para cumplir las normas que Jesús predicó.

Para mostrar la inminencia de ese cambio drástico, se analizan a continuación los textos empezando por los más antiguos y siguiendo una cronología más o menos aproximada, ya que carecemos de datos fiables y concretos respecto a fechas de redacción.

15.1. - La carta a los Tesalonicenses, Filipenses y Corintios.

En la primera carta escrita por Pablo a la comunidad creyente de la ciudad de Tesalónica, el documento más antiguo del NT que ha llegado a nosotros, el apóstol escribe: *Pues, ¿cuál es nuestra esperanza, nuestro gozo, la corona de la que nos sentiremos orgullosos ante nuestro Señor Jesús en su Venida, sino vosotros?* (1Tes 2, 19).

Está claro: él se sentirá orgulloso de sus seguidores cuando venga Jesús, y poco después lo confirma: *El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que que-*

demos, seremos arrebatados en nubes junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires (1Tes 4, 15-17).

Toda la carta está diciendo claramente que ellos, los cristianos de Tesalónica, verán la llegada de Jesús. Además: *Que él fortalezca vuestros corazones en una santidad sin tacha ante Dios, nuestro Padre, para cuando venga Jesús, nuestro Señor, con todos los suyos (3, 13)... Por tanto, no nos echemos a dormir como los otros, sino estemos alertas y seamos sobrios (5, 5-6).*

¿Para qué estar alertas si Jesús iba a tardar siglos en llegar y ellos morirían antes de esa llegada?

15.2. Las cartas a los cristianos de Filipos y de Corinto fueron también escritas muy tempranamente. *Estad siempre alegres en el Señor...Que vuestra bondad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. -Y añade a continuación-: No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica. (Flp 4, 4-6)*

Y en la primera carta a los Corintios:

Acerca de la virginidad, no tengo precepto del Señor. Doy, no obstante, un consejo...Entiendo que, a causa de la inminente necesidad, lo que conviene es quedarse como uno está. ¿Estás ligado a una mujer? No busques la separación. ¿No estás ligado a mujer? No la busques (1Cor 7,25-27).

Esta frase tiene sentido sólo si se entiende que el Señor iba a llegar pronto, no valía la pena ni siquiera que los solteros se casasen ni que los casados mantuviesen relaciones sexuales:

Os digo, pues, hermanos: el tiempo es corto. Por tanto, los que tengan mujer, vivan como si no la tuviesen (1Cor 7,29).

La idea de que, cuando llegue Jesús, algunos -o muchos- de los presentes, aún estarán vivos, vuelve a aparecer más adelante en la misma epístola:

Del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego, los de Cristo en su Venida. (1Cor 15, 22-23).

¡Mirad! -exclama entusiasmado más adelante- Os revelo un misterio: No moriremos todos, mas todos seremos transformados. En un instante, en un pestañear de ojos, al toque de la trompeta final, pues sonará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados. (1Cor 15, 51-52)

En 2Cor, Pablo les señala claramente el "día de la salvación" que ha llegado ahora:

*... os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Pues dice él: En el tiempo favorable te escuché y en el día de la salvación te ayudé (referencia a Isaías 49,8) ¡Mirad! **Ahora es el tiempo favorable, ahora el día de salvación** (2Cor 6,1-2).*

15.3. -Evangelio de Marcos y la Colección de Dichos.

Mateo y Lucas, cuando escribieron sus evangelios respectivos, tuvieron delante al de Marcos, pero también un documento que los especialistas llaman Colección de Dichos, o simplemente Q (del alemán Quelle, que significa "fuente", aquí en el sentido de documento que sirve de base a otro). Los vamos a transcribir conjuntamente, ya que está claro que se complementan. Al hacerlo, y puesto que la Colección de Dichos no existe como documento independiente, aparecerán los textos de Mateo y Lucas en los que esta Colección se encuentra como "incrustada".

Antes de que el Maestro comenzara su predicación, Juan el Bautista se le anticipa en el anuncio del Reino, y sus palabras son tajantes y enérgicas: *Por aquellos días aparece Juan el Bautista proclamando en el desierto de Judea: Convertíos, porque **el Reino de los Cielos está cerca*** (Mt 3, 1-2).

Y cuando se le aproximan los fariseos y saduceos, después de llamarles "raza de víboras" les amenaza: *Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego* (Lc 3, 9).

Obsérvese que dice "ya" refiriéndose a la llegada de un juicio (el hacha que está dispuesta para segar las vidas humanas) en el que cada uno recibirá según sus frutos, y a continuación anuncia claramente quién es el personaje que va a realizar ese juicio: *Yo os bautizo con agua para conversión, pero aquel que viene detrás de mí os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. En su mano tiene el biello y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga* (Mt 3, 11-12).

Es evidente que el anuncio de semejante juicio lo hace Juan a aquellas personas que le estaban escuchando, no a nosotros. Y no tendría sentido hablarles de ello si los oyentes iban a morir antes de que sucediera. Si admitimos, por el contrario, su cercanía, estas palabras cobran todo su sentido.

Pero Juan fue apresado por Herodes. Jesús, que indudablemente fue uno de sus admiradores, no tardó en reemplazarle en la tarea. Las primeras palabras que dirige al pueblo en Cafarnaúm son una repetición exacta de las del Bautista: Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea y proclamaba la Buena Nueva de Dios: *El tiempo se ha cumplido y **el Reino de Dios está cerca**; convertíos y creed en la Buena Nueva* (Mc 1,14-15)

15.4. Estos son los comienzos del anuncio del Reino. El Bautista y Jesús coinciden plenamente. No hay ninguna duda: Dios ha decidido ya (el tiempo se ha cumplido) cambiar el orden establecido e instaurar su reinado tras el juicio definitivo. Esta es la Buena Noticia. Mt, que copia a Mc, lo repite (4,17).

Cuando Jesús envía a sus discípulos a predicar la Palabra del Reino, les da unas órdenes sorprendentes: *Les ordenó que nada tomaran para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja, sino: "Calzaos con sandalias y no vistáis dos túnicas. Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí. Si algún lugar no os recibe y no os escuchan, marchaos de allí sacudiendo el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos* (Mc. 6, 8-11).

¿Por qué esta forma de enviar a predicar a sus discípulos, faltos de todo lo esencial para un viaje, a la espera de que les asistiesen allí donde fueren, y esa urgencia que Jesús les imprime si la llegada del Reino se iba a retrasar miles de años?

Cuando Jesús habla de las condiciones necesarias para seguirle, termina con una frase decisiva: *Yo os aseguro que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el Reino de Dios* (Mc 9, 1).

Esta frase de Jesús es la que Pablo aplica a su propia persona y a la comunidad cristiana de Tesalónica, como hemos visto más arriba. Tiene muchas probabilidades de ser auténtica, dado que está en contradicción con el retraso de la Parusía que se observa en escritos posteriores: los evangelistas no pudieron eliminarla.

Pero sigamos con los textos. Marcos nos cuenta la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén montado en un pollino y a la gente celebrando su llegada con estas palabras.: *¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que viene de nuestro padre David!* (Mc 11,9-10).

Es evidente que no se habla aquí de un Reino futuro, lejano, impreciso. En realidad ya está aquí, y el Maestro lo corrobora con sus palabras. También es significativo el hecho de que sólo Mc pone en boca de la gente la frase el Reino que viene. Pero Mc es el evangelio más antiguo. Mt y Lc suprimen esa frase. Posiblemente porque ya se hacía notar el retraso de la Parusía cuando ellos escribieron alrededor de los años ochenta.

15.5. Una vez que Jesús se instala en Jerusalén, y muy cerca ya de su Pasión, pronuncia el que se ha llamado "discurso escatológico", es decir, lo que se refiere a los sucesos que tendrán lugar "al final de los tiempos". Pero nada se dice en el NT acerca de que este "final" sea algo lejano y difuso. Por el contrario, Jesús habla a personas que van a presenciar esos extraordinarios sucesos. El

discurso comienza cuando Jesús, ante el asombro de sus discípulos por los hermosos edificios que veían en Jerusalén, les dice que nada quedará de todo ello. Luego les cuenta lo que habrá de suceder antes de que llegue el final (falsos mesías, guerras, terremotos, hambre y persecuciones a sus seguidores). A continuación insinúa que Jerusalén va a ser destruida y, por último, inmediatamente después (inmediatamente según Mc 13, 24ss y Mt 24, 29) tendrá lugar la venida del Hijo del hombre con gran poder y gloria. El discurso acaba:

*Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, caed en cuenta de que Él está cerca, a las puertas (Mc 13, 29; Mt 24, 33), que **el Reino de Dios está cerca** (Lc 21, 31).*

Tal y como ha llegado a nosotros el discurso escatológico, no podemos saber si la venida del Reino habría de suceder tras la caída de Jerusalén o algo después. Pero lo curioso es que termina con una frase desconcertante: *Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mc 13, 30-31).*

Y en este caso Mateo y Lucas siguen a Marcos al pie de la letra.

En el discurso escatológico se mezclan la ruina de Jerusalén con el final de los tiempos, y puesto que unos cuarenta años después, Jerusalén fue destruida por los romanos, no sabemos si Jesús se refería este suceso histórico o al final de los tiempos. Sin embargo, la frase que hemos transcrito antes, *el Reino de Dios está cerca*, está en consonancia con lo que venimos diciendo.

15.6. Pero es evidente, volvemos a repetir, que en ninguna parte del NT se menciona una fecha fija. Por esta razón, una y otra vez, se habla de la necesidad de estar alerta: *Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre. Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento; velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo regresará el dueño de la casa...No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad! (Mc 13, 32-37).*

La misma idea encontramos en el documento Q (Mt 24, 37-51), en la parábola del mayordomo y la de las diez vírgenes. Ante estas reiteradas advertencias, surge de inmediato la pregunta: ¿Qué sentido tiene que el Maestro hablara de esa llegada a sus oyentes si estaba pensando, como algunos arguyen, en las generaciones venideras? Esto puede verse confirmado en la respuesta del Maestro ante el Sumo Sacerdote, que le pregunta si él es el Cristo, el Hijo de Dios: *Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo* (Mt 26, 64)

15.7. - Textos exclusivos de Lucas

Lucas tiene algunos textos que no se encuentran en los otros evangelistas. Por ejemplo, el envío misionero de setenta y dos discípulos para predicar el Reino. Las normas que les da Jesús se parecen a las que da a los Doce, pero añade algunos versículos interesantes:

En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: "El Reino de Dios está cerca de vosotros". En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos, pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca". Os digo que en aquella hora habrá menos rigor para Sodoma que para la ciudad aquella" (Lc 10, 8-12)

La ciudad que no recibe bien a los misioneros no va a tener una segunda oportunidad. ¿Por qué esa prisa? ¿Por qué se les amenaza con un terrible castigo si no hubiesen de estar vivos cuando llegasen el Reino y el juicio?

Aquellos que desdeñan la Palabra (en el relato evangélico) son personas concretas, con nombres y apellidos, cuya vida había de ser forzosamente de corta duración. Si el Cambio definitivo tardaba mucho en venir, si el Día de Jesús, con su juicio, se prolongaba demasiado, no estarían vivos cuando llegaran, y, por consiguiente, las palabras del Maestro no tendrían ningún sentido. Por otra

parte, cuando Jesús habla del juicio final, según lo cuenta Mateo (25, 31-46), nada dice acerca de quiénes serían juzgados por rechazar al propio Jesús o a sus discípulos, sólo se refiere a quienes fueron, o no, misericordiosos con sus prójimos.

Lucas también nos cuenta cómo será el Día de Jesús: *Tiempo vendrá en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no le veréis. Y os dirán: "Vedlo aquí, vedlo allá". No vayáis ni corráis detrás. Porque, como el relámpago que brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día. Pero antes, le es preciso padecer mucho y ser reprobado por esta generación* (17, 22-25).

La última frase no ofrece dudas: Jesús vendrá como un relámpago después de padecer y ser reprobado, es decir, tras su pasión y muerte.

De nuevo hemos de decir que éstas no son palabras dirigidas a las generaciones futuras, sino a sus compañeros más íntimos, sus discípulos, a los que debía instruir acerca de todo lo que concernía al Reino de Dios y la forma de esperarlo.

15.8. - Textos exclusivos de Mateo.

Cuando envía a los Doce en viaje misional, les predice que habrán de sufrir numerosas persecuciones. Entonces les advierte:

*No toméis el camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de Israel. Id y **proclamad que el Reino de los Cielos está cerca*** (10, 5-8).

El mismo Jesús, cuando llega a la región de Tiro y Sidón, es decir, a Fenicia, tierra de paganos, se le acercó una mujer cananea pidiéndole que curase a su hija endemoniada, y cuando sus discípulos le ruegan que la atienda, porque viene gritando, les aclara: No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero la mujer insiste, y el Maestro le dice: *No está bien tomar*

el pan de los hijos (los judíos) y echárselo a los perrillos (los gentiles) (Mc 7, 24-30 y Mt 15, 21-28).

Sólo por pura piedad y misericordia, Jesús acaba accediendo a los ruegos de una madre desgraciada. Pero estas frases concuerdan con las dirigidas a los Doce, porque, en realidad, Jesús les transmite a ellos su propia misión en la tierra: llevar la Palabra exclusivamente a los israelitas, el pueblo de Dios. Pero estas advertencias sólo se comprenden si el Reino estaba realmente cerca; tanto, que no había tiempo para predicar a los gentiles. Y sigue a los Doce:

*Quando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si también en ésta os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel **antes que venga el Hijo del hombre.** (Mt 10,23).*

Es importante recordar este texto porque, como veremos más adelante, al hablar del retraso de la Venida de Jesús, está en contradicción con otras frases en las que el propio Maestro anuncia su vuelta cuando se haya predicado el evangelio en todo el mundo conocido. Aquí no; aquí se trata de las ciudades de Israel. Luego, debería haber venido el fin.

15.9. También Mateo nos transmite una frase de Jesús que no se encuentra en los otros evangelistas. Jesús dice que Juan es el mensajero que debía anunciar al propio Jesús. La alocución acaba así:

Y, si queréis admitirlo, él es Elías, el que iba a venir. El que tenga oídos que oiga (11, 14-15).

La vuelta de Elías era un tema común en los tiempos de Jesús. Marcos cuenta que Pedro, Santiago y Juan le preguntaron: ¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero? Él les contestó: *Elías vendrá primero y restablecerá todo... Pues bien, yo os digo que Elías ha venido ya y han hecho con él cuanto han querido, según estaba escrito de él (Marcos 9, 11-.13).*

Elías era Juan Bautista. Mateo lo cuenta así: *Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. Os digo, sin embargo, que Elías ha venido ya, pero no le han reconocido, sino que han hecho con él cuanto han querido. Así también el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos* (Mt 17, 11-12).

¿Por qué se esperaba la llegada de Elías? ¿Y para qué? Basta leer los últimos versículos del profeta Malaquías para entenderlo: *He aquí que yo envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahvé, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que venga yo a herir la tierra de anatema* (Malaquías 3, 23-24)

Los judíos contemporáneos de Jesús esperaban el regreso de Elías, considerado como un indicio del final de los tiempos. No cabe duda de que Jesús, al anunciar que el Bautista es Elías redivivo, y que ha de venir a "restaurarlo todo", está diciendo claramente que el fin (la llegada del Reino y del juicio) está cerca, refiriéndose a Malaquías: Antes que llegue el Día de Yahvé.

15.10. -Los escritos tardíos: Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro, 1 Juan, evangelio de Juan y Apocalipsis.

El orden en el que aparecen aquí estos escritos no es cronológico. Posiblemente, los últimos sean las cartas de Pedro y Juan. Aquí los tratamos todos e bloque bajo el epígrafe de "tardíos", que no pretende significar otra cosa sino que fueron escritos desde los años 80/90 hasta principios o mediados del siglo II. Hay que recordar que ninguno de estos escritos puede atribuirse claramente a los autores que se les supone, lo que no es obstáculo para constatar que aún en fechas tan separadas de la muerte de Jesús, todavía los cristianos seguían esperando su inminente llegada.

En Hebreos, el autor exhorta a sus destinatarios a perseverar en la fe a pesar de las persecuciones de que son objeto. Y les dice, entre otras cosas: *No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así*

*lo prometido. Pues todavía un poco, muy poco tiempo y **el que ha de venir vendrá sin tardanza** (Heb 10, 35-37).*

El autor no encuentra otra forma de mantener la confianza, la perseverancia y la paciencia, que recordándoles la pronta llegada del Señor (según una cita de Isaías 26,20, en la edición de los Setenta), que habría de acabar con todos sus sufrimientos.

También la carta atribuida a Santiago nos ofrece un par de testimonios. Cuando se dirige a los ricos (no se sabe si de la comunidad cristiana o de fuera), con palabra muy duras por cierto les dice: *Vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en **estos días que son los últimos*** (Sant 5, 3).

Otros pasajes están destinados a fortalecer la paciencia de sus lectores, aunque en este caso no se trata de persecuciones. Posiblemente se esté refiriendo a la llegada de Jesús, que aún no se ha realizado. *Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la Venida del Señor. Mirad, el labrador espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones, porque la Venida del Señor está cerca* (Sant 5, 7-8)

15.11. 1Pedro, después de hablar de la resurrección afirma: **El fin de todas las cosas está cercano. Sed, pues, sensatos y sobrios para daros a la oración. Ante todo tened entre vosotros intenso amor, pues al amor cubre multitud de pecados** (1P 4, 7-8).

2Pedro vuelve a confirmarnos que esa espera estaba en el ambiente cristiano: *Sabed ante todo que en los últimos días vendrán hombres llenos de sarcasmo, guiados por sus propias pasiones que dirán en son de burla: "¿Dónde queda la promesa de su venida? Pues desde que murieron los Padres **(los de la primera generación cristiana)** todo sigue como al principio de la creación* (2 P 3, 3-4).

Pero el autor no sabe cuándo será la Venida y el fin de los días, por lo que echa mano de un recurso teológico: es que el tiempo no significa para Dios lo mismo que para nosotros. (2 P 3, 8-10a)

Dios espera para que los que aún viven tengan tiempo de convertirse antes del Juicio y el fin. Y lo entendemos así porque la carta va dirigida a personas concreta (no a nosotros) que, además, están esperando ese Día. Por ello, después de describirles como se consumirá toda la tierra, les dice: *Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del Día de Dios, en el que los cielos en llamas se disolverán y los elementos, abrasados, se fundirán? Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia* (2P 3, 11-13)

No se está describiendo el paraíso tras la muerte, sino una tierra, aquí, esta tierra, renovada y transfigurada, (donde habitará la justicia, es decir, donde todo será diferente a como era entonces y aún lo es hoy). Y sigue en la misma línea el autor: *Por lo tanto, queridos, en espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancilla y sin tacha* (2P 3, 14).

Los destinatarios de la carta deben vivir sin pecado, para que el Señor los encuentre dignos. No puede estar más claro el mensaje del autor.

1Juan refiere que ya se han cumplido las "señales" que indican la llegada del fin: *Hijos míos, es la última hora. Habéis oído que iba a venir un Anticristo; ahora bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta que es ya la última hora.* (1Juan 2, 18)

Y más adelante: *Y ahora, hijos míos, permaneced en él, para que, cuando se manifieste, tengamos plena confianza y no quedéis avergonzados lejos de él en su Venida* (1Juan 2, 28).

Es exactamente lo que se dice en 2Pedro: El día que aquellos cristianos esperan debe sorprenderlos en una vida de fe y sin tacha.

15.12. El Evangelio de Juan, por escribirse tan tarde (finales del siglo 1), y por las diferencias sustanciales con los otros tres en cuanto a la forma de concebir a Jesús, no contiene referencias a la cercanía del Reino. Ni siquiera se menciona apenas el mismo Reino de Dios: sólo dos veces, durante la conversación de Jesús con Nicodemo. Pero hay un texto muy significativo. Jesús se está despidiendo de sus discípulos en la última cena, y en un momento determinado les anima:

En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo para que donde esté yo estéis también vosotros (14, 1-3).

Por supuesto que los teólogos siempre han entendido esta frase como referida a la muerte personal de cada uno de los cristianos: Jesús se fue a prepararnos el lugar donde debemos descansar eternamente. Pero, en primer lugar, las palabras del Maestro van dirigidas directa y exclusivamente a sus discípulos y, en segundo lugar, la frase *volveré y os tomaré conmigo* adquiere su sentido pleno no cuando la referimos a la muerte particular sino a la Venida del mismo Jesús para tomarlos. No viene a por sus amigos porque han muerto, sino porque ya les ha preparado un lugar junto a él.

Nada más comenzar, el Apocalipsis de Juan afirma la próxima llegada de Jesús: *Revelación de Jesucristo; se la concedió Dios para manifestar a sus siervos lo que ha de suceder pronto; y envió a su Ángel para dársela a conocer a su siervo Juan, el cual da testimonio de todo lo que vio...Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, **porque el Tiempo está cerca** (1,1-3).*

Y en el saludo a las iglesias de Asia, se afirma algo que no debería sorprendernos: *Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo lo verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas las razas de la tierra (1,7).*

Si han de verlo *los que le traspasaron* no podía tardar mucho. Más adelante habla el mismo Jesús (aunque con el nombre de 'el Santo', 'el Veraz'), y dice a la Iglesia de Filadelfia: *Ya que has guardado mi recomendación de ser paciente en el sufrimiento, también yo te guardaré en la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero para probar a los habitantes de la tierra. Pronto vendré; mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebaté tu corona* (3, 10-11).

Casi al final del libro, un ángel le dice al visionario: *No selles las palabras proféticas de este libro, porque el Tiempo está cerca* (Ap 22,10)

Y sin transición ni explicación alguna, sigue hablando Jesús: *Mira, pronto vendré y traeré mi recompensa conmigo para pagar a cada uno según su trabajo* (Ap 22, 12).

Y el libro de las visiones termina: Dice el que da testimonio de todo esto: *"Sí, pronto vendré". ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!* (Ap 22,20).

Es muy significativo que el Apocalipsis comience y termine con la misma ansiosa expectativa.

El retraso de la Parusía

15.13. Ciertamente existen algunos textos en los que la Parusía y el final de los tiempos se presentan como una espera que ha de ser larga. El tiempo, evidentemente, jugaba en contra de la esperanza escatológica. Se ha pretendido ver una prueba en la parábola de los talentos, exclusiva de Mt. Allí, un hombre reparte su dinero entre sus siervos hasta que él vuelva y se dice que al cabo de mucho tiempo volvió el dueño. En otra parábola, la de los viñadores homicidas, narrada por los tres sinópticos, Lucas introduce una variante: donde Marcos y Mateo afirman que el dueño se marchó lejos, Lucas añade algo: se marchó lejos por mucho tiempo.

Otro texto de Lucas supone también un retraso. Jesús está hablando de las señales precursoras del fin, y afirma: *Mirad, no os dejéis engañar, porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: "Yo soy" y "el tiempo está cerca". No les sigáis. Cuando oigáis hablar de guerras y revoluciones, no os aterréis; porque es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato.* (Lc 21, 8-9).

La idea de que la Buena noticia ha de predicarse a "todas las naciones" (se entiende las entonces conocidas), "a toda la creación", "a todas las gentes" parece suponer un importante retraso en la Vuelta del Señor.

Sin embargo, es cierto que para los años 70 los misioneros cristianos ya habían fundado comunidades en los puntos principales del imperio romano, incluida Roma, por supuesto, y debemos recordar que Jesús, en un momento determinado, supone que para después de esa fecha (la caída de Jerusalén en manos romanas) tendría lugar su advenimiento (Mc 13, 29 / Mt 24,33 / Lc 21,31, citados anteriormente).

Pero el retraso de la Parusía de Jesús que se detecta en los evangelistas, no lo compartían la mayoría de los cristianos. A principios del siglo III, casi doscientos años después de muerto el Maestro, Hipólito, presbítero de la iglesia de Roma, escribe un tratado llamado Crónicas, en el que intenta convencer a los creyentes que el fin no era tan inminente como ellos suponían.

15.14. Tenemos, pues, dos bloques de textos: uno es positivo (el Cambio, y Jesús con él, está muy cerca) y otro negativo (el Cambio tardará en llegar). Pero esos dos bloques no se encuentran separados en el NT, sino mezclados. Esto puede interpretarse como que Jesús dijo unas veces que sí y otras que no, algo que es absurdo. Resulta más fácil y lógico atribuir esas contradicciones a los autores que al mismo Jesús. Nada tiene ello de extraño si pensamos que todos los escritos del NT fueron redactados después de su desaparición, cuando sus seguidores se vieron obligados a repensar las palabras del Maestro al constatar

que el fin y el Reino no llegaban tan pronto como él creía. De esta forma, los autores de los textos neotestamentarios, empujados por la situación ambivalente de la comunidad primitiva, añadieron frases en las que apareciese el retraso de la Parusía puestas en boca del mismo Jesús.

Pero la esperanza escatológica no se perdió. Estas ideas, como otros mesianismos, aparecen hasta nuestros días (mormones, adventistas, Testigos de Jehová...). Se trata de una esperanza difícil de erradicar, aunque vaya contra toda lógica humana.

CONSIDERACIONES FINALES

15.15. Las consecuencias de esta argumentación son muy serias. Hemos vivido dos mil años de cristianismo sin verdadero cristianismo. Pero esto no debe extrañarnos: está aún demasiado lejos, y hay que seguir viviendo.

Desde que el emperador Constantino, en el siglo IV, liberó al cristianismo de su marginación y le concedió un status social privilegiado, el "mundo", contra el que Jesús y sus apóstoles pusieron en guardia a quienes les seguían, ha calado de modo tan profundo en los creyentes como entre los que no lo son. Los "pobres" siguen esperando la recompensa prometida, porque dos mil años de cristianismo no han podido acabar con todas las lacras sociales que existían antes de que Jesús naciera (violencia, egoísmo, guerras, miseria, desigualdades económicas y culturales, etc, etc). El Reino-reinado se ha trasladado al Cielo, en donde espera a quienes le busquen. No debe extrañarnos, pues, que a pesar de todos los esfuerzos por instaurarlo en la tierra, no se haya conseguido ni hay esperanzas de lograrlo. A lo más que podemos llegar es a ir parcheando necesidades que no acaban nunca, porque es como si echásemos un remiendo de tejido nuevo en un vestido viejo. Lo cierto es que la justicia de los nuevos cielos y la nueva tierra (según nos lo tiene prometido, dice 2 P 3,13) es una quimera.

La esperanza en que alguna vez pueda producirse un cambio importante sólo está en manos de los humanos de buena voluntad.

Pero este no era precisamente el pensamiento de Jesús, que no vivía más que para transmitir un mensaje puramente religioso que se fundamentaba en el convencimiento de que los humanos, por sí solos, somos incapaces de instaurar la justicia en este mundo. Porque esa justicia es un ente divino y sólo Dios puede concederlo. Jesús no quiso cambiar nada: todo lo dejó en manos de su Padre. Y por esa razón, la esperanza cristiana siempre será una utopía, un sueño inalcanzable.

DIECISÉIS. RECHAZADOS y ELEGIDOS

16.1. La visión religiosa del mundo que nos da el Nuevo Testamento es de una simplicidad que raya en lo pueril: sólo existen los buenos y los malos, los justos y los pecadores, y para unos y otros, premios o castigos. No hay nada original en semejante concepción, pues todas las religiones, antiguas y modernas, han afirmado otro tanto. Se supone que un individuo escogido por la divinidad o un grupo de justos que le siguen deben intentar convertir a los pecadores para que se sumen a los que han de ser salvados. Se tiene esperanza en la conversión, pues si no, no tendría sentido la predicación del mensaje divino. Se supone, incluso, que la misericordia de Dios actuará para que se salve el mayor número posible de personas. Es decir, se espera un cambio de vida, aquí, en la tierra, para recibir el premio definitivo en una vida de ultratumba.

Pero los misioneros del bien tropiezan con un inconveniente: la mayoría de la gente, después de escuchar, vuelven a sus ocupaciones, indiferentes al mensaje. Hay quienes lo aceptan y quienes permanecen indiferentes, y hay quienes lo rechazan. Los predicadores pueden reaccionar de diferentes maneras, y una

de ellas es el enfado, la irritación, la ira. Entonces aparece el incrédulo como un malvado que se resiste a Dios. No se tienen en cuenta las circunstancias psicológicas, sociales o religiosas que pueden llevar a una persona a rechazar un mensaje religioso. Sencillamente, son los malos.

Y las cosas cambian: los que rechazan son rechazados, y los que aceptan son los elegidos. Es cierto que en el NT, esta simplificación se está refiriendo concretamente al pueblo hebreo, dentro del que se encuentran los que aceptan o no a Jesús.

Pero el cristianismo se expande por las regiones helenizadas, las de cultura griega y romana, y aquí los misioneros se vuelven a encontrar con idéntica situación. Lo mismo les ha ocurrido a misioneros y predicadores cristianos y de otras religiones a través de los siglos hasta nuestros días, y es por ello que generalicemos cuando hablamos de este problema.

Jesús pertenece al tipo de predicador que no soporta el rechazo, como ya hemos visto. Pensaba que había un grupo de personas predestinadas para seguirle, elegidos de antemano por designio divino, a quienes debía preservar de las acechanzas de este mundo y que recibirían el premio de unirse con él definitivamente. A otros, por el contrario, los rechazó sin contemplaciones porque ellos le habían rechazado a él, los insultó con frases muy duras y los destinó a la perdición eterna en un lugar de fuego y sufrimiento.

Pero Jesús no sólo maldice, sino que rechaza de forma tajante a cuantos no le siguen, hasta el punto de que se niega incluso a rogar por ellos: *No ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos* (Juan 17,9).

LOS ELEGIDOS

16.2. El hecho de que, desde arriba, por designio divino, se haya decidido quiénes seguirán a Jesús y por tanto se salvarán, comienza a intuirse cuando Marcos cuenta aquella historia en la que dos discípulos suyos, Santiago y Juan, le

piden que les conceda sentarse a su lado cuando esté en su gloria. Jesús les contesta: "... *sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía concederlo, sino que es para quienes está preparado*". Alguien se había encargado de preparar los asientos alrededor del Enviado cuando estuviese en su Reino, para que en ellos se sentaran determinadas personas con nombres concretos. Aunque saltemos sobre la metáfora que estas palabras encierran, lo que Jesús quería decir está bastante claro.

Cuando Mateo termina su particular exposición de la parábola del banquete nupcial, acaba con una frase: "*Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos*".

¿Qué quiso decir realmente Jesús? Tras la parábola de los invitados (los llamados) que se niegan a acudir al convite, pero cuya sala, no obstante, se llena de gente hasta rebosar, no tiene sentido, porque significa exactamente lo contrario: los invitados fueron pocos y los escogidos muchos. Posiblemente esta frase no corresponde a la parábola, y Jesús pudo decirla en otra ocasión y fue añadida aquí equivocadamente por el evangelista. Pero eso no es lo importante, sino el hecho de que existan "escogidos", personas que parecen predestinadas a entrar en el Reino, a salvarse; y que estas personas conformen un número reducido. Parece que el pretendido poder de Jesús como "Salvador" del mundo no se corresponde con la realidad. Tal cosa se ve confirmada por lo que sigue:

En el discurso escatológico que pronuncia Jesús (Marcos 13,20), cuando habla de las grandes tribulaciones que habrá en Jerusalén, dice claramente: "*Si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, no se salvaría nadie, pero en atención a los elegidos que él escogió ha abreviado los días*". Y según Mateo (24,24), Jesús dice, además, que en esos momentos aparecerán falsos cristos y profetas que harán grandes señales y prodigios "*capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos*". Es decir: ciertas personas no sólo han sido escogidas por Dios, no se sabe por qué extrañas razones, sino que cuida especialmente de

ellas para que a sus enemigos les resulte imposible seducirlas; son elegidos firmemente, para siempre. Y más aún:

Después de las tribulaciones de los tiempos finales *"verán venir al Hijo del hombre entre nubes con gran poder y gloria; entonces enviará a sus ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo"*.

16.3. De ciertas personas concretas se dice que sus nombres están ya escritos en el cielo. Cuando los apóstoles vuelven de la 'misión que les encomendó Jesús, entusiasmados porque los demonios huían al pronunciar su nombre, él les dice: *"Pero no os alegréis porque los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos"*. Y otro tanto afirma el autor de la carta a los Filipenses (4,2-3), en donde, refiriéndose a varios de sus colaboradores, se dice: *"cuyos nombres están en el libro de la vida"*. Este libro de la vida vuelve a aparecer en el Apocalipsis de Juan: *"Fueron abiertos unos libros, y luego se abrió otro libro, que es el de la vida"*.

Y ya lo había dicho también el profeta Daniel, que influyó notablemente en los escritores cristianos. En 7,1 dice: *"En aquel tiempo se salvará tu pueblo: todos aquellos que se encuentren inscritos en el Libro"*. O sea, que lo del extraño libro de los predestinados venía de lejos. Habrá que creer que si los seguidores de las doctrinas de Jesús a que se refiere Filipenses tienen sus nombres escritos en los cielos, lo mismo podrá decirse de todos aquellos que se encuentran en la misma situación.

La predestinación aparece claramente en Hechos 13, 48: *"Al oír esto los gentiles se alegraron y se pusieron a glorificar la Palabra del Señor; y creyeron cuantos estaban destinados a una vida eterna"*. Creyeron, pues, porque estaban ya destinados a esa vida eterna, y los que no creyeron se supone que fue por una razón obvia: no habían sido elegidos de antemano.

"Por lo demás -dice Pablo en Romanos 8,28- sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio es a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo; y a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; a los que justificó, también los glorificó".

16.4. Como había gente que ya estaba destinada a la gloria, Jesús puede pronunciar tranquilamente aquellas palabras que encontramos en la última cena contada por Juan: *"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros"*. Si esto se dice de los discípulos más allegados, igualmente puede aplicarse, y con mayor razón, a todos los demás seguidores de Jesús, cuyos nombres ya están escritos en el Libro de la Vida. Pero si esto es así, no se comprende que aquellos que se niegan a seguirle sean castigados: *"El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea, se condenará"*. Y de un modo muy severo, como todos sabemos.

Todo cuanto llevamos dicho respecto a la predestinación, supone la falta total de libertad en los individuos para creer o no creer. Sin embargo, Jesús habló de conversión en diferentes ocasiones:

El Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva. Os digo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión. El que crea y sea bautizado, se salvará y el que no crea se condenará.

16.5. Algunos contaron a Jesús que ciertos galileos habían sido muertos y su sangre mezclada con la de los sacrificios de Pilato. El Maestro les dice: *¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los galileos, porque han padecido*

esas cosas? No, os lo aseguro, si no os convertís todos pereceréis del mismo modo.

La conversión supone libertad para aceptar una creencia o rechazarla, y ello entra en contradicción con el hecho de que determinadas personas hayan sido predestinadas a la gloria. Podríamos suponer que cuando los escritores cristianos o Jesús hablan de "elegidos" no se están refiriendo a que su salvación haya sido determinada de antemano sin tener en cuenta el hecho de que se conviertan previamente. Cabe otra interpretación: se llama "elegidos" a aquellos que, libremente, han aceptado el mensaje de Jesús, es decir, se han convertido. Sin embargo, según el evangelio de Juan (6,44), Jesús dice: *"Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no le atrae"*. Esto supone una acción especial de Dios sobre las personas para que crean en Jesús, para que se conviertan. Sin esa influencia divina, es imposible aceptar a Jesús. ¿Pero por qué elige a unos y a otros no? ¿Qué criterios sigue? ¿O todo es puramente arbitrario.

Los que aceptan o rechazan a Jesús aparecen también en algunas parábolas, la mayoría de ellas referidas al Reino: Los viñadores homicidas (Mc 12,1), El banquete nupcial (Mt 22,1), La cizaña (Mt 13,24), La red (Mt 13,47).

¿PERO SON CULPABLES LOS INCRÉDULOS?

16.10. Hemos podido constatar que la misión de Jesús en Palestina no fue precisamente un éxito, a pesar de haber realizado numerosos y extraordinarios milagros (lo que nos llevaría a la conclusión de que tales milagros no fueron tantos ni tan extraordinarios). El evangelista Juan se detiene especialmente en subrayar este fracaso entre los que él llama "judíos", con cuya palabra no se refiere sólo a los jefes religiosos sino a todos los hebreos en general. Algunos ejemplos:

-Vosotros no habéis oído nunca la voz del Padre, ni habéis visto nunca su rostro, ni habita su Palabra en vosotros, porque no creéis al que El ha enviado...

- Vosotros no queréis venir a mí para tener vida...
- Ya sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios...
- Si no creéis a Moisés, ¿cómo vais a creer en mis palabras?..
- Vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis hartado...
- Ya os lo he dicho: Me habéis visto y no creéis....
- Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.
- A mí, como os digo la verdad, no me creéis.
- Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?
- Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Jesús les respondió: Ya os lo he dicho, pero no me creéis...
- Aunque había realizado grandes señales delante de ellos, no creían en él.
- Nos odian a mí y a mi Padre..

16.11. No insistiremos en el hecho de que los incrédulos serán condenados con terribles castigos porque lo hemos comprobado en numerosas ocasiones. Pero si van a ser condenados, es porque son culpables. Tenemos algunas frases en Juan que hablan de esta culpabilidad:

El que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Y la condenación está en que los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz para que sus obras no sean censuradas.

Si no hubiera hecho entre ellos obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado; pero ahora las han visto y nos odian a mí y a mi Padre.

La incredulidad de los judíos se debe a su maldad. Los incrédulos son personas que aborrecen la luz porque sus obras son malas. Serán castigados, pues,

no por su incredulidad, sino por la maldad de sus obras. Estas les llevan hasta un punto crítico en el que acaban aborreciendo al mismo Dios.

Pero esta es una postura absurda: nadie que esté en su sano juicio puede odiar a Dios. Se puede rechazar la imagen divina que alguien nos trasmite, pero no a la divinidad en sí misma. Odiarle significa creer en él y en sus poderes, en su capacidad de premiar y castigar. Resulta metafísica y físicamente imposible aborrecer a un ser tan extraordinario como Dios, que conoce cuanto pensamos y sentimos. La gente no cree porque la fe no tiene un fundamento racional. Es una aceptación acrítica de algo que no puede probarse de ninguna manera. El ser humano es libre para creer hasta las mayores estupideces; de la misma manera, es libre para no creer cuando utiliza su sentido común o su racionalidad. No es la maldad lo que impide creer, sino una serie de factores: el hecho de no haberse criado desde la infancia en un ambiente religioso, de no aceptar lo que repugna a la razón o a la educación, o sencillamente porque ya creen en otro Dios o en otros dioses.

16.12. Lo que ocurre es que el concepto de predestinación se interpone como un muro entre lo religioso y lo razonable. Pablo se encontró este muro, pero no logró dar una respuesta lógica. En su epístola a los Romanos afirma que la elección divina es libre, porque no depende de las obras que hagamos los humanos, sino del que llama (9, 11-12), que usa de misericordia con quien quiere y endurece a quien quiere. *Pero me dirás: "Entonces, ¿de qué se enoja? Pues ¿quién puede resistir a su voluntad?"*.

El problema está magníficamente planteado, pero la respuesta no es razonable: *"Oh, hombre; ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios?"*. Y no es razonable porque en realidad no es una respuesta, sino una evasiva.

La Biblia toda está escrita en clave religiosa (lo que significa que se hace intervenir a la divinidad como el personaje más importante de la acción). Las características humanas (psicológicas y sociológicas) son descartadas, o ignora-

das. Sólo se tiene en cuenta las circunstancias divinas, una concepción dual del mundo: Dios y el Maligno, los buenos y los malos, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira. Es por eso que Jesús puede afirmar con rotunda autosuficiencia:

"El que no está conmigo, está contra mí".

¿Pero fueron realmente culpables los contemporáneos y connacionales del Maestro por no aceptar su mensaje? Dudar, o rechazar a Jesús, fue algo lógico. No lo veían más que como un hombre, natural de un pueblecito olvidado e insignificante y sin estudios ni formación religiosa. Sus milagros no pasaron de ser curaciones al estilo de tantos sanadores. Curanderos y magos pululaban entonces por las calles y plazas de Palestina. Pero hemos dicho que los escritos bíblicos están redactados en clave religiosa, y eso lo cambia todo.

En efecto: la Biblia que usan los cristianos, que como se sabe comprende tanto los textos judíos del llamado Antiguo Testamento como los cristianos del Nuevo, es percibida por estos como una historia continua, desde la creación del mundo en Génesis hasta el último libro, el Apocalipsis. Según esta historia religiosa, Dios eligió un pueblo para sí, el hebreo, con el que hizo una Alianza: Yo os protegeré y vosotros no adoraréis a ningún dios más que a mí. Este pueblo no cumplió su parte del trato a satisfacción de Dios, que le envió numerosos profetas para ponerles en el buen camino, sin conseguirlo. Por último, envió a su propio Hijo hecho humano. Pero a este tampoco le hicieron caso. En consecuencia, Dios estableció una nueva alianza con un pueblo nuevo, el cristiano, por medio de su Hijo, al que destinó a la muerte para que, con su sangre, el nuevo sacrificio, consiguiera el perdón de los pecados de toda la humanidad. El resultado de esta decisión divina fue el rechazo de su amado pueblo judío (culpable de no aceptar al Hijo), que en adelante quedó marginado para siempre.

16.13. Pero al interpretar así la historia, los cristianos no se detuvieron a pensar que todo ello suponía un fracaso en el plan divino de salvación, pues Dios de-

bería haber previsto lo que iba a ocurrir antes de elegir a los israelitas como pueblo. Si Dios no fue previsor, los judíos no son culpables de rechazar a los cristianos, que, además, presentaban una imagen divina que hería los más profundos sentimientos religiosos del pueblo hebreo: la existencia de la Trinidad entendida como una pluralidad de dioses.

La verdadera historia es otra: el pueblo hebreo se vio a sí mismo como elegido por Dios, y tras la llegada de Jesús, continuó pensando de idéntica forma. Para ellos, los cristianos son una rama desgajada del tronco israelita, que acabó constituyendo una religión nueva. Los cristianos, al sentirse rechazados, rechazaron a su vez al pueblo que no quería aceptar al Enviado divino, y se vieron a sí mismos como los elegidos de Dios tras el cambio de planes de la divinidad. Así que, ahora, nos encontramos con dos pueblos elegidos y al mismo tiempo rechazados mutuamente.

No hay ningún culpable en esta historia de elecciones y rechazos. Sólo se trata de una visión religiosa de la realidad que no tiene en cuenta la realidad misma.

CONCLUSIÓN FINAL

Fue un trabajo agotador. Mientras investigaba, quiero decir, leía, consultaba, ordenaba, cotejaba y escribía, en mi cabeza seguían discutiendo las viejas ideas con las nuevas creando un maremágnum de emociones encontradas. No fueron tiempos de paz interior. Lo nuevo se iba asentando lentamente buscando un lugar adecuado. Fueron años difíciles. Pero tantos datos tenían un peso decisivo y acabaron desplazando mis creencias religiosas al lugar que les

correspondía: la memoria, el pasado. Y fue entonces cuando llegó la paz. No me arrepiento de haber hecho este largo y también doloroso camino, porque pude comprobar que las creencias, mis creencias religiosas, solo podían sostenerse si cerraba los ojos a la realidad de cada día y la realidad de la ciencia. Y no me queda más que el desconsuelo que me produce la ceguera de tanta gente que pone su destino en manos de supuestas entidades sobrenaturales cuya moralidad es descaradamente negativa en la mayoría de las ocasiones.
